

LA ANÁBASIS FORZADA. DEPORTACIONES EN EL IMPERIO AQUEMÉNIDA*

Marc Mendoza Sanahuja

marc.mendoza@uab.cat

Universitat Autònoma de Barcelona

1. Las deportaciones persas: fuentes orientales

La deportación fue una práctica habitual en las monarquías orientales durante la Antigüedad, sobre todo a partir de época neosiria¹. El Imperio Aqueménida no constituye una excepción². Aun así, las fuentes disponibles para documentar estos procesos no son demasiado numerosas. Las tablillas de Persépolis o Babilonia muestran la presencia de numerosos grupos étnicos fuera de sus lugares de origen³, aunque no parece fácil adivinar bajo qué condiciones —forzadas o volunta-

* Investigación desarrollada dentro del proyecto HAR2014-57096 *El Impacto de la conquista de Alejandro (338-279 a.C.)*, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad, y dirigido por B. Antela-Bernárdez y J. Vidal Palomino, y del Grup de Recerca Emergent *Història del conflicte a l'Antiguitat* (2014SGR1111), reconocido y financiado por la Generalitat de Catalunya. Quisiera agradecer la inestimable ayuda a lo largo de la redacción de este artículo al Dr. Jordi Vidal, al Dr. César Sierra, al Dr. Joan Pagès y, en especial, al Dr. Borja Antela, mi tutor.

¹ B. Oded, *Mass deportations and deportees in the Neo-Assyrian Empire*, Wiesbaden 1979.

² Para una comparación breve entre los procesos de deportación en el Imperio Aqueménida y sus predecesores Neo-Asirios y Neo-Babilonios, *infra*.

³ Para hacerse una idea de la diversidad de pueblos atestiguados en los documentos: W. Henkelman y M.W. Stolper, "Ethnic identity and ethnic labelling at Persepolis", en P. Briant y M. Chauveau (eds.), *Organisation des pouvoirs et contacts culturels dans*

rias— estos contingentes de población se habían movido a lo largo del territorio del Imperio Persa. La gran mayoría de ellos aparecen bajo la denominación de *kurtas*⁴. La realidad que se esconde tras este término aún es motivo de disputa. Sin duda, son hombres, mujeres y niños usados como fuerza de trabajo, tanto en el ámbito agropecuario como el constructivo o el artesanal. Pero no sabemos si son trabajadores especializados contratados por el Estado, mano de obra tributaria temporal, esclavos o algún otro tipo de categoría jurídica. Así pues, ante esta imprecisión, en este artículo es preferible dejar al margen este grupo en referencia a las deportaciones. Tampoco entraran en esta exposición las colonias militares y guarniciones, ya que se regían por un sistema totalmente distinto y constituyen una categoría social propia⁵. De esta manera, sólo encontramos un testimonio — aunque no directo— de lo que parece un traslado forzado de personas durante el reinado de Artajerjes III⁶. Se trata de un grupo de mujeres sidonias movidas a Babilonia después de la Revuelta Fenicia encabezada por Tenes entre 350 y 345. Más allá de este testimonio puntual, no hay ninguna fuente oriental que nos relate nada que pueda considerarse con seguridad como deportación⁷.

2. Casos de deportaciones aqueménidas en las fuentes occidentales

De esta manera, no queda otra alternativa que recurrir a los autores griegos. Entre ellos, el que nos da más ejemplos de estos movimientos de población es Heródoto. Evidentemente, esto genera un sesgo en la información, ya que sólo recogieron los casos en que tal procedimiento se aplicó contra comunidades griegas,

l'empire achéménide, Paris 2009, 271-330.

⁴ P. Briant, *From Cyrus to Alexander a history of the Persian Empire*, Winona Lake 2002, 429-439; M.A. Dandamaev y V.G. Lukonin, *Cultura y economía del Irán antiguo*, Sabadell 1991, 235-268.

⁵ C.J. Tuplin, “Xenophon and the Garrisons of the Achaemenid Empire”, *AMF* 20, 1987, 167-246.

⁶ *ABC*, Cron. 9; J.-J. Glassner, y B.R. Foster, *Mesopotamian chronicles*, Atlanta 2004, 240; A. Kuhrt, *The Persian Empire: a corpus of sources from the Achaemenid period*, London 2007, 412.

⁷ Puede que el término oficial en arameo para esta práctica fuera šrš, que aparece en *Esd* 7, 26; *vid.* D. Asheri, A.B. Lloyd, A. Corcella, O. Murray y A. Moreno, *A commentary on Herodotus Books I-IV*, Oxford 2007, 490; Oded. *Mass deportations*, cit., 43. Su significado originario parece que se vincularía con “arrancar” o “desarraigar”.

o en otros pueblos vecinos de la Hélade. Heródoto recoge cinco casos en que se nos relatan, con cierta extensión y sin dudas, traslados de población. Todos ellos suceden durante el reinado de Darío I. Ciertamente, Heródoto no nos lega ningún episodio bajo los reinados de Ciro II, Cambises y Jerjes I que pueda equipararse con seguridad a los anteriores.

Aun así, es posible releer algunos episodios de estos reyes que podrían estar relatando de una manera menos explícita deportaciones. Dejando momentáneamente de lado a Heródoto, en las fuentes Ciro el Grande no parece desarrollar ningún proceso que podamos asegurar con total seguridad que sea una deportación. Existe el caso recogido por Jenofonte del asentamiento de los egipcios que se pasaron a su bando en la campaña contra Lidia, pero las condiciones en que se da parecen indicar que estamos ante una colonia militar⁸.

Sobre Cambises, se documenta en Ctesias⁹ y Diodoro¹⁰ el traslado a Susa de un contingente de egipcios, junto al faraón¹¹. Cotejando las dos noticias, parece ser que se trataría de 6.000 artesanos —cifra quizá algo exagerada— que fueron usados para erigir los nuevos palacios reales. Quizás los descendientes de estos egipcios de Cambises fueran los mencionados en una tablilla en Persépolis¹², datada del vigesimoprimer año de reinado de Darío I —501/500—. Este documento versa sobre el traslado de 547 trabajadores egipcios hacia Tamukkan, en el área de Persépolis, desde Susa. Las informaciones de Diodoro indican que participaron en las obras de los palacios de Persépolis, realizadas por Darío I, lo que casa con la información de la tablilla.

Como ya se ha dicho, el que más casos nos lega es Darío I. Todos ellos fueron relatados por Heródoto. Cronológicamente, las dos primeras deportaciones suceden entre 515 y 512, durante la expansión persa hacia Tracia y Libia. En el primer caso, diferentes pueblos peonios fueron trasladados a Frigia por Megabazo. Aun así, algunos, como los que habitaban cerca del monte Pangeo y el lago Prasiade, no fueron desalojados. Por lo relatado se intuye que pudo haber algún tipo de

⁸ X., *Cyr.* VII. 1, 41-45. Sus descendientes probablemente sean los que luchan con Tisafernes contra Ciro el Joven: X., *An.* I, 8, 9.

⁹ Ctes. *Pers.* F13.10. Para los textos de Ctesias se ha usado la traducción de L. Llewellyn-Jones y J. Robson, *Ctesias' History of Persia: tales of the Orient*, Milton Park 2010.

¹⁰ D.S. I. 46.4.

¹¹ Ctesias lo llama Amirteo, pero sería un error del autor o posterior en la tradición, Kuhrt, *The Persian Empire*, cit., 114 n. 7. El faraón sería Psaménito III, *vid. infra*.

¹² PF 1557.

resistencia inicial local al nuevo dominador, pero posteriormente se renunció a cualquier oposición activa. Según cuenta Heródoto, dos hermanos, que ambicionaban ser tiranos de los peonios, fueron los que atrajeron la atención de Darío sobre su pueblo con una treta sobre las virtudes de las mujeres peonias. Si bien este último ardid podría ser ficticio, la figura de los dos hermanos que buscan hacerse con el poder entre los suyos gracias a la intervención del Gran Rey, podría tener un poso de realidad. Posteriormente, una parte de ellos pudieron volver a su tierra natal gracias a Aristágoras de Mileto durante la Revuelta Jónica¹³.

En Libia, los habitantes de la colonia griega de Barca fueron llevados a Bactria¹⁴ tras la intervención persa a raíz de unos enfrentamientos internos. El rey de Cirene Arcesilao III fue asesinado por unos barceos y unos exiliados cireneos en una visita a su suegro Alacir, gobernador de Barca. Este hecho provocó que su madre Feretima huyera a Egipto y pidiese ayuda al sátrapa persa Ariandes. Esta petición de intervención sirvió fue una excusa ideal para consolidar su dominio en Libia. Tras asediar la colonia, gracias a un ardid finalmente pudieron hacer sucumbir a los barceos. Feretima, entonces, se vengó sanguinariamente de sus principales oponentes políticos y dejó que el resto de los que no eran de confianza fueran deportados por sus aliados persas¹⁵.

En el marco de la Revuelta Jónica y la Primera Guerra Médica, encontramos los otros tres casos. En el 494, los milesios, después de la derrota en la batalla naval de Lade y el asedio a la ciudad, fueron movidos hacia Ampe, en el Golfo Pérsico, en la desembocadura del río Tigris. Previamente, empero, las tropas persas ya habían infligido grandes daños a los milesios: mataron a gran parte de los hombres, esclavizaron a mujeres y niños, y quemaron y saquearon el santuario de Dídima. Además, dieron tierras de Mileto a los carios de Pedasa¹⁶.

¹³ Hdt. V, 12-17,1; 23; 98. Según W.W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus*, Oxford, Clarendon Press 1928, *ad. loc.*, el verdadero motivo de su deportación sería estratégico, al estar justo en medio de su camino hacia Europa. La historia de los hermanos peonios, de hecho, se originaría en tiempos del rey lidio Aliates en referencia a los misios tracios, Nic. Dam. *FGrHist*. 90F1.

¹⁴ Cf. n. 67.

¹⁵ Hdt. IV, 164, 4-167, 3; 202-204.

¹⁶ Hdt. VI, 19, 3-20. La identificación de este lugar no es del todo clara. En todo caso, su ubicación en la costa ha sugerido la voluntad de Darío de valerse de la pericia naval de los jonios, cf. L. Scott, *Historical commentary on Herodotus, Book 6*, Leiden 2005, 121-122.

Poco después, doncellas de otras ciudades jonias e insulares —las que seguían en pie de guerra aún después de la desolación de Mileto¹⁷— fueron trasladadas a la corte real, mientras que los hombres fueron asesinados y los jóvenes convertidos en eunucos, además de ver sus ciudades y templos en llamas¹⁸. Por último, la población de Eretria sería trasladada a Ardericca —Cisia¹⁹— en el 490 por Datis y Atáfrenes. Aguantaron seis días de ataques a sus murallas, pero al séptimo Euforbo y Filagro rindieron la plaza a los persas. Tras ello, los persas incendiaron la ciudad y esclavizaron a los ciudadanos, realizando incluso una redada²⁰.

Sobre Jerjes I, aparece el caso de los tebanos capturados después de las Termópilas, que fueron esclavizados y marcados con los estigmas reales²¹. Lo narrado por Heródoto parece indicar que quizá el trato que recibieron podría asimilarse al de las jonias. Pero este autor no da más detalles sobre el destino de estos prisioneros. Pero podría ser que estos tebanos fueran los ancestros de los beocios que Alejandro encontró en la región de Babilonia. Según Diodoro Sículo²², llegó a los Celones²³, donde halló una aldea de beocios trasladados allí por Jerjes que aún conservaban su lengua y sus tradiciones. No fueron los únicos helenos a los que el conquistador macedonio encontró en el Este. Más famoso es su encuentro con los Bránquidas²⁴, la familia encargada del santuario de Dídima que, tras saquear su tesoro, se granjearon el favor de Jerjes. El Gran Rey los trasladó a la Bactriana o la Sogdiana, donde los encontró Alejandro²⁵. Según Curcio, mantenían las costumbres, pero no así el idioma, que estaba muy contaminado. Alejandro, tras dejarlos

¹⁷ Quíos, Lesbos, Tenedos, Teos, Eritras, Focea, Miunte y Priene. C. Schrader, *Historias: Libros I-II*, Madrid 1977, 218 n. 22.

¹⁸ Hdt. VI, 32, 3-4.

¹⁹ How y Wells *A commentary*, cit., *ad. loc.*; F. Grosso, “Gli Eretriesi deportati in Persia”, *RFIC* 86, 1958, 350-375; y Scott, *Historical commentary*, cit., 399-401, diferencian esta Ardericca de la situada en Babilonia mencionada en Hdt. 1.185.2. La nuestra estaría en Kir-Ab a unas 35 millas de Susa, Elam.

²⁰ Hdt. VI, 94, 2; 101, 3; 107, 2; 119; Pl. *Leg.* 698 c-d, *Menex.* 240 a-b.

²¹ Hdt. VII, 233, 2, *vid. infra*.

²² D.S. XVII, 110, 4.

²³ Este lugar sería el mismo que D.S. XIX, 19, 2, Plb. V, 54,7, Str. XVI, 1, 1 y Plin. *HN.* VI, 122; 131.

²⁴ Str. XI, 11, 4, Curt. VII, 5, 28-29. Para una revisión del episodio de su deportación, *infra*.

²⁵ R. Kulesza, “Persian Deportations – Greeks in Persia”, *Eos* 82, 1994, 245-246, sugiere que podría tratarse del yacimiento de Dilberdzin donde se han encontrado unas ánforas con unas inscripciones en que se lee βροχγιδεσσ and βροξγεεσσ.

en manos de los milesios de su ejército, decidió exterminarlos por el sentimiento de rechazo que le generaban como traidores y por su barbarización.

Después de los cuatro primeros reyes de la dinastía Aqueménida, que son los que abarcan el período tratado por Heródoto, las noticias son más puntuales y poco detalladas. El más prolífico en el ámbito de los movimientos de población será Artajerjes III. Durante la revuelta de Fenicia —350-345—, encabezada por Sidón y su rey Tenes, ante la amenaza de las tropas del rey aqueménida, el monarca sidonio llegó a un pacto secreto con él para entregar, a cambio de su inmunidad, a los otros líderes de la rebelión y finalizar el levantamiento. Tras la entrega, Artajerjes ordenó la ejecución de estos cien capitostes sidonios. Pero el colérico Gran Rey no tuvo suficiente y quiso dar un castigo ejemplar a la ciudad para que sirviera como ejemplo a otros movimientos sediciosos que habían estallado en Egipto y Chipre. Tenes fue eliminado y la ciudad sucumbió a las llamas²⁶. De hecho, de este período data el mencionado documento de las mujeres sidonias en la corte real al inicio del artículo. Estamos, pues, delante del mismo procedimiento aplicado a las ciudades jonias alzadas contra Darío. De nuevo, la rebelión fue sofocada con el máximo rigor: se masacró y esclavizó a la población, se quemó parte de la ciudad y las jóvenes fueron enviadas a la corte real, donde cabe pensar que servirían como sirvientas o concubinas. Este mismo monarca también ordenó la deportación de un contingente de judíos a Hircania y Babilonia en fechas similares²⁷. No existe un consenso amplio sobre si Judea se habría unido a la revuelta fenicia, o bien si se tratarían de hechos separados²⁸. Fuera como fuera, parece que estamos delante de un movimiento de población diferente al sufrido por los sidonios.

El avance de Alejandro abrió una ventana incomparable para conocer las interioridades de los territorios del Imperio Persa en tiempos de Darío III, como ya hemos visto con los beocios y los Bránquidas. Por ejemplo, Arriano²⁹ nos habla de un grupo de carios a las órdenes del Gran Rey. Estos carios habitarían una zona comprendida entre Susa y Babilonia. La formación de las tropas de Darío en Gaugamela los sitúa en el mismo grupo que babilonios y sitacenos. Más adelante, Arriano los coloca en el centro de la formación cerca del rey y los persas

²⁶ D.S. XVI, 43, 1-45, 6; Oros. *Hist.* III, 7, 8; Georg. *Sync.* I, 486, 16 D.

²⁷ J. *Ap.* I, 194; Hieron. *Chron.* 1658; Solin. 35, 4; Eus. *Chron.* II, 112-113; Oros. *Hist.* III, 7, 6, Georg. *Sync.* I, 486, 16 D.

²⁸ D.Barag, “The Effects of Tennes Rebellion on Palestine”, *BASO* 183, 1966, 6-12; H. M. Parker Jr, “Artaxerxes III Ochus and Psalm 44”, *JQR* 68(3), 1978, 152-168.

²⁹ Arr. *An.* III, 8, 5.

meloforos, mostrando el grado de confianza que tenía el monarca en este contingente³⁰. También parecen confirmar esta ubicación las informaciones de Diodoro Sículo, que nos habla de unas aldeas carias en la región babilónica³¹, no muy lejos de donde encontró a los beocios. Aun así, no se puede afirmar con seguridad cuando llegaron allí estos carios. Un documento del 525 ya sitúa en la zona algunos pobladores provenientes de Caria. Sobre el estatus de estos carios, podemos remitirnos a un caso documentado del 515³². Uno de ellos podría tratarse de un colono militar, con lo que no es posible afirmar que estemos delante de un caso de deportación. Así pues, si bien la presencia de población caria en Babilonia es innegable, no se puede saber en qué términos llegaron a la zona —¿deportación, esclavitud, colonia militar, voluntariamente?³³—. A ojos de Kulesza³⁴ y Briant³⁵ no serían el único poblado de desplazados carios. Ambos identifican Cariatas en la Bactriana³⁶, villa donde fue capturado Calistenes y que fue destruida después por Alejandro, como otro lugar de deportados de este origen.

A los casos que la conquista macedonia nos permite conocer de los beocios, los carios y los Bránquidas, hay que sumar a los griegos de Persépolis. Al llegar Alejandro a esta ciudad, salieron de ella un grupo de helenos —cuatro mil según Curcio³⁷, ochocientos para Diodoro³⁸— a su encuentro. Presentaban numerosas

³⁰ Arr. An. III, 11, 5.

³¹ D.S. XVII, 110, 4.

³² J.P. Morgan y A.T. Clay, *Babylonian records in the library of J. Pierpont Morgan*, New York 1912, BRM I 71. Elegimos este documento en concreto porque nos da pistas acerca de la posición de estos pobladores carios en esa región.

³³ Para más detalles sobre carios en Babilonia: C. Waerzeggers, “The Carians of Borsippa”, *Iraq* 68, 2006, 1-22.

³⁴ Kulesza, “Persian Deportations”, cit., 227.

³⁵ P. Briant, *L'Asie centrale et les royaumes proche-orientaux du premier millénaire av. n.è.*, Paris 1984, 97.

³⁶ Str. XI, 11, 4.

³⁷ Curt. V, 5, 5-6, 9.

³⁸ D.S. XVII, 69, 2-4, 6-8.

³⁸ Q. Curtius Rufus, J.E. Atkinson, V. Antelami y T. Gargiulo, *Storie di Alessandro Magno. Volume I*, Roma 1998, 424-25 propone que la discrepancia podría tener en origen en el ganado repartido posteriormente por Alejandro a estos griegos. Curcio habla de diez reses por hombre, mientras que Diodoro habla de cinco para los varones y cinco para las mujeres. La cifra original sería de 400 griegos. También postula que quizá los 800 sean los representantes de una comunidad que ascendería en su total a 4.000 personas.

mutilaciones y llevaban marcas en caracteres bárbaros —¿quizá se trataba de los mismos tipos de estigmas reales aplicados a los tebanos?³⁹—. No es posible achacar a Darío III el traslado de toda esta gente. Diodoro indica que la mayoría son ancianos y habían sido movidos allí por los reyes anteriores. Bajo qué circunstancias habrían llegado hasta Persépolis no nos es revelado. Los primeros indicios ya parecen indicar que no estamos ante una movilización como las vistas en época de Darío. Tal afirmación se ratifica al leer lo que sucede con ellos más tarde. La mayoría decidió quedarse y pidieron a Alejandro un lugar donde asentarse⁴⁰. Por lo tanto, esto significa que no habían sido asentados ni habían recibido tierras como sucede en los trasplantados herodoteos. Seguramente, habían llegado a Persépolis en condición de esclavos, aunque no es posible afirmar con total certeza que sea análogo a jonios y sidonios. Podría ser que no hubieran sido ellos los inicialmente trasladados, sino que fueran sus ancestros. La presencia de artesanos helenos parece certificada en la erección de numerosos edificios oficiales aqueménidas⁴¹. Si conociéramos al menos la cronología de su traslado podríamos aventurar una posible identidad, pero el silencio de las fuentes lo impide. La mención a múltiples reyes parece indicar que no serían fruto de un único proceso de traslado, sino que referiría múltiples episodios de éstos. El paralelo más claro sería el de los egipcios de Cambises⁴², que también fueron seleccionados por sus méritos profesionales. De la misma manera, participaron en la erección de los palacios de Persépolis y fueron mantenidos conjuntamente, es decir, se conservaron como un grupo unido por su afinidad étnica más allá de la generación movilizaba inicialmente.

3. Más allá de la deportación. Conquista y represión

Los casos anteriores remiten a traslados poblacionales más o menos explícitos. Pero el estudio de esta acción punitiva no puede limitarse a estos episodios. Para tener un panorama más completo, se hace necesario establecer comparación con situaciones similares de conquista o revuelta, pero donde el desenlace no conllevó el movimiento forzoso de población, o al menos no es directamente relatado. De esta manera, no sólo será posible extraer conclusiones sobre la deportación en sí,

³⁹ En Curt. III, 8, 15 aparecen mutilaciones a los incapacitados macedonios en Issos, *vid.* Diodorus Siculus y P. Goukowsky, *Bibliothèque historique. Livre XVII*, Paris 1976, 221.

⁴⁰ D.S. 17.69.6-8, Curt. 5.5.21-24, Iust. 11.14.11.

⁴¹ G.M.A. Richter, "Greeks in Persia", *AJA* 50, 1946, 15-30.

⁴² *Vid. supra.*

sino su imbricación en las políticas persas sobre el tratamiento de los sometidos a su poder.

Sobre Ciro el Grande, Heródoto relata la conquista de Lidia, destacando las circunstancias en Sardes, la capital. La toma de esta ciudad condujo al apresamiento de Creso, que se convierte en acompañante de Ciro⁴³. Tras la marcha del Gran Rey, algunos lidios, liderados por Pactias, se levantaron contra el nuevo dominador. Creso, tras interceder ante Ciro, consiguió limitar los efectos de la represión de esta asonada a los cabecillas rebeldes⁴⁴. Éstos, ante la amenaza que suponía el ejército persa, huyeron y, tras un periplo por diferentes ciudades jonias y eolias, fueron entregados por los quiotas⁴⁵. Heródoto nos cuenta que Priene fue reducida a la esclavitud y Magnesia fue saqueada por el general persa Mazares por haber colaborado con los rebeldes lidios⁴⁶. Posteriormente, Heródoto trata las conquistas de Jonia y el resto de Asia Menor por Harpago, así como la toma de Babilonia por el propio Ciro, pero no detalla las medidas tomadas por los persas en relación a esos nuevos súbditos.

Del reinado de Cambises II, destaca su actuación en Egipto. Derrotó a los egipcios en Pelusio y, pese a ofrecerles la capitulación, la declinaron y asesinaron a los mitilenos que los persas habían enviado como intermediarios⁴⁷. Tras una ardua campaña para someter ese país, Cambises capturó al rey Psaménito y diezmó a la nobleza egipcia. Psaménito III, el mismo que acompañó a los artesanos egipcios, luego fue perdonado por el monarca aqueménida y acabó de gobernador de su reino. Su participación en un complot para levantar el pueblo egipcio contra el dominio persa comportó posteriormente su ejecución⁴⁸.

De nuevo, el personaje que nos lega un mayor número de casos de estudio es Darío I. Otra vez, además, es Heródoto nuestra principal fuente al respecto. En orden cronológico, el primer episodio es su avance sobre Samos en el 522⁴⁹. Silosonte, hermano del ya fallecido Polícrates, le pidió a Darío la conquista de su patria, entonces en manos de Meandrio, pero sin que se derramara sangre ni fuese esclavizada. Samos, en primera instancia, se rindió e incluso Meandrio y los

⁴³ Hdt. I, 84-90.

⁴⁴ Hdt. I, 154-156.

⁴⁵ Hdt. I, 157-160.

⁴⁶ Hdt. I, 161.

⁴⁷ Hdt. III, 13, 1-2.

⁴⁸ Hdt. III, 14-15.

⁴⁹ Hdt. III, 140, 5-147.

suyos se ofrecieron a abandonar la isla. Pero a instancias de su hermano, Carilao, el tirano cambió de opinión y se produjo un alzamiento contra las tropas persas que ya habían tomado posesión de la ciudad. Aunque Meandrio acabó huyendo, sus partidarios se atrincheraron en la acrópolis. Ótanes, el general persa, entonces decidió desobedecer las órdenes de su rey y la promesa a Silosonte, y dio la orden de masacrar a todos los samios, incluyendo a mujeres y niños. Incluso el ejército persa realizó una redada para capturar a los que hubiesen escapado de su cerco. Finalmente, pues, la isla fue devuelta a Silosonte severamente despoblada. Posteriormente, el mismo Ótanes colaboró en su repoblación⁵⁰.

En el 521, tuvo lugar una nueva revuelta babilonia⁵¹. Tras el ardid de su general Zópiro para recuperar la ciudad, Darío ordenó el empalamiento de los tres mil cabecillas. Entonces, dio Babilonia al resto de sus habitantes. Además, para paliar la escasez de mujeres, movilizó a cincuenta mil de ellas de las tierras vecinas⁵². Zópiro fue recompensado por su acción con la administración del lugar. El relato de Heródoto presenta diferencias en los detalles respecto a lo narrado por el propio Darío en la inscripción de Behistún⁵³. La represión de los rebeldes babilonios, sin embargo, está en plena consonancia con otros episodios análogos en los turbulentos primeros años del acceso al trono de Darío I. Sin entrar en los pormenores de cada episodio, es posible ver que los líderes rebeldes en cada caso fueron ejecutados tras sucumbir al avance del nuevo Gran Rey y sus tropas⁵⁴.

⁵⁰ Hdt. III, 149.

⁵¹ Hdt. III, 150-160. Por la descripción, que implica un asedio algo prolongado y la ejecución masiva de los líderes rebeldes, podría tratarse de la descrita en DB 49-50.

⁵² Según el relato del historiador, los babilonios dieron muerte a gran parte de sus mujeres para no poner en riesgo su subsistencia durante el largo cerco que les esperaba. Pese a lo contado por Heródoto, como veremos, la repoblación de Babilonia no implicó sólo a mujeres, sino que se instalarían familias enteras.

⁵³ En DB 50 el general enviado a reprimir la segunda revuelta de Babilonia fue Intafrenes. La posición de gobernador de Zópiro viene también confirmada en Ctes. *Pers.* 13F26, donde se nos relata su asesinato en la rebelión babilonia ya en tiempos de Jerjes I.

⁵⁴ Āššina de Elam (DB 17), Nidintu-Bel de Babilonia (DB 20), Martiya de Elam (DB 23), Fraortes de Media (DB 32, donde nos detalla que fue terriblemente desfigurado antes de su ejecución en Ecbatana, así como a sus más estrechos colaboradores), Tritantecmes de Sagartia (DB 33, también previa mutilación antes de su muerte en Arbela), Vahyazdâta de Persia (DB 43, crucificado junto a sus principales seguidores), a los rebeldes en Aracosia (DB 47, esta vez fue su sirviente Vivâna el que aplicó la pena capital), Arakha de Babilonia (DB 50, con otros líderes rebeldes) y Atamaita de Elam (DB 71). En la conquista de Escitia

En el lapso entre el 513 y el 511, el teatro de operaciones se trasladó a la zona norte del Egeo. Megabazo conquistó Perinto y Tracia, pero Heródoto no da detalles sobre el trato a su población⁵⁵. Posteriormente, inició una campaña de castigo contra Bizancio, Calcedonia, Antandro, Lamponio, Lemnos e Imbros. La justificación era la desertión de estas ciudades e islas del bando de Darío durante su campaña en Escitia, así como el hostigamiento de sus tropas en el penoso retorno. El resultado de esta traición fue su esclavización. La peor parada fue Lemnos al oponer una enconada resistencia a las tropas de Megabazo. A causa de ello, su población fue masacrada y a los supervivientes les impusieron como gobernador a Licareto de Samos, otro de los hermanos del tirano Meandrio.

En el 500, el régimen democrático de Naxos⁵⁶ expulsó a miembros de la oligarquía local, que pidieron ayuda a Aristágoras de Mileto para recuperar su tierra natal. Éste, a su vez, logró convencer a Artáfrenes, sátrapa en Sardes, para colaborar en la campaña, a la que envió a Megábatas. La expedición fracasó, en palabras de Heródoto, por una filtración de éste último a los naxios tras un incidente interno en su armada⁵⁷. Pese a no tener consecuencias en ese momento, sin duda hay que tener presente este preámbulo para comprender mejor el desarrollo de la toma de la ciudad en el 491⁵⁸.

Ya en el marco de la Revuelta Jonia, algunas ciudades de Chipre también se levantaron en contra de la dominación del Imperio Aqueménida, estableciéndose una colaboración con los jonios⁵⁹. En el 496 la coalición chipriota se enfrentaba a los persas en un combate terrestre, mientras los jonios hacían lo propio en el mar⁶⁰. En el curso de la batalla campal, algunas ciudades de Chipre (Curio y Salamina) desertaron al bando persa, llevando a la derrota a sus compatriotas. En ese combate perdieron la vida el rey de Solos y Onésilo, el principal líder de la rebelión. Los restos de este último fueron profanados por los de Amatunte, una

mató a dos de sus líderes (entregados por sus compatriotas) y les asignó otro jefe (DB 74).

⁵⁵ Hdt. V, 1-2, 2.

⁵⁶ Hdt. V, 30-34.

⁵⁷ How y Wells, *A commentary*, cit., *ad. loc.*, no ve creíble la historia de la traición de Megábatas, de sangre real, por una causa más bien pueril. De hecho, posteriormente se hizo cargo de la satrapía de Frigia (Thuc. I, 129, 1). Sin duda, tras los precedentes de los persas en la zona, Naxos hubiera estado alerta ante cualquier indicio de un intento de invasión por su parte.

⁵⁸ *Vid. infra*.

⁵⁹ Hdt. V, 103-104.

⁶⁰ Hdt. V, 108-109.

comunidad que había permanecido fiel al Gran Rey. La última población en caer fue Solos tras un sitio que se alargó durante varios meses. Tras esto, y en palabras de Heródoto, la isla de Chipre tras sólo un año de libertad volvió a ser esclavizada⁶¹. Ese mismo año 496, Himayes sometió el Helesponto, Cío (Misia) y Eolia. Tras su muerte, Artáfrenes y Ótanes, siguiendo órdenes reales, se hicieron con la jonia Clazomenas y la Cime eólica. Los detalles sobre el trato a los vencidos nos son desconocidos⁶².

En el 495, Artáfrenes frustró un complot en Sardes al interceptar unas cartas enviadas por Histieo a unos persas conjurados⁶³. Los sediciosos fueron sumariamente ejecutados⁶⁴. Previamente a la batalla de Lade (494), los mandos aqueménidas intensificaron la vía diplomática para conminar a los levantados a la rendición. Es interesante constatar el uso que hacen como mediadores de los tiranos jonios previamente depuestos⁶⁵. La oferta que trasladan a sus anteriores súbditos fue la siguiente. Si se rendían, no sufrirían ninguna represalia posterior. Si persistían en su posicionamiento contra los persas, las consecuencias serían las que hemos visto que sufrieron posteriormente las ciudades irredentas: esclavización, castración, deportación y pérdida de tierras⁶⁶. Pese a que en un principio las amenazas parecieron no surtir efecto, las disensiones internas y las escasas esperanzas de victoria hizo que a la hora de la verdad, en Lade, desertaran gran parte de los jonios, con Samos a la cabeza⁶⁷. Los que no abandonaron la empresa rebelde fueron los que sufrieron los castigos que ya hemos visto con anterioridad.

Posteriormente, después de la caída de Jonia, en el 493 las represalias persas llegaron al Quersoneso y el Helesponto⁶⁸. Allí todas las ciudades fueron saqueadas e incendiadas, a excepción de Cícico y Cardia, que se habían alineado con el Gran Rey. Milcíades, tirano de la zona, se vio obligado a huir a Atenas. En una

⁶¹ Hdt. V, 113-116, 1.

⁶² Hdt. V, 122-123.

⁶³ Ni How y Wells, *A commentary*, cit., *ad. loc.*, ni Scott, *Historical commentary*, cit., 84-85, dan crédito a la nacionalidad persa de los intrigantes. Postulan que sería más verosímil que fueran lidios con aspiraciones de librarse del yugo aqueménida.

⁶⁴ Hdt. VI, 4.

⁶⁵ Aristágoras de Mileto había propiciado la abolición de distintas tiranías jonias e instaurado la isonomía en esas ciudades, Hdt. V, 37, 2-38, 2.

⁶⁶ Hdt, VI, 9, 2-10.

⁶⁷ Hdt, VI, 13-15.

⁶⁸ Hdt, VI, 33.

emboscada destinada a él, la flota fenicia, que fue la encargada de las operaciones en la zona, capturó a su hijo Metíoco, que fue conducido a la corte del rey Darío, donde fue perdonado y generosamente agasajado⁶⁹.

Ya en el 492, en los prolegómenos de la Primera Guerra Médica, Mardonio inició su campaña⁷⁰ que le permitió anexionar Tasos y Macedonia. El único gran problema bélico que tuvo este general entonces, fue la dura resistencia de los tracios brigos. Aunque finalmente fueron derrotados, los persas no se establecieron de forma estable en sus tierras. No mucho después, ya con Datis y Artáfnes al mando, pudieron desquitarse del fracaso de su primer intento de conquista de Naxos. Pese a su rendición y huida, los naxios fueron esclavizados y vieron sus templos quemados⁷¹. Delos, en cambio, y bajo órdenes directas del propio rey, no sufrió ningún tipo de daño⁷². Recordemos que en este marco se inscribe la deportación eretria, acción justificada por la participación junto a los atenienses en la Revuelta Jonia⁷³.

Pasando ya a Jerjes I, ante todo cabe destacar esa continuación del revanchismo contra aquéllos que habían abiertamente atacado los intereses persas. Los atenienses habían salido indemnes de la Primera Guerra Médica, pero en la segunda su ciudad fue tomada y su acrópolis incendiada⁷⁴. Los otros episodios de conquista nos dan pocos datos respecto a la situación ulterior. Únicamente, cabe señalar el caso de Olinto, que se rebeló contra el dominio persa. Tras el asedio y el asalto de la plaza, el ejército comandado por Artabazo degolló a los resistentes, dio la ciudad a los calcídicos —que es de suponer que permanecieron leales a los persas— y designó Critóbulo de Torone nuevo gobernador de la ciudad⁷⁵.

Sobre Artajerjes I merece atención la revuelta egipcia encabezada por el libio Inaro y secundada por mercenarios griegos⁷⁶. Tras asesinar al sátrapa Aquémenes y oponer una férrea resistencia a los soldados persas, e incluso llegar a asediarlos, la llegada de refuerzos hizo que la alianza entre egipcios y griegos tuviera que rendirse. Megabizo, el general persa, llegó a un acuerdo con sus enemigos:

⁶⁹ Hdt, VI, 41, 4.

⁷⁰ Hdt, VI, 44-45.

⁷¹ Hdt, VI, 96.

⁷² Hdt, VI, 97.

⁷³ Hdt, V, 99-102.

⁷⁴ Hdt, VIII, 50-55.

⁷⁵ Hdt. VIII, 126-127. Potidea también se rebeló, pero no fue tomada.

⁷⁶ D.S. XI, 71, 74-75, 77.

les aseguraba que no sufrirían daño alguno del Gran Rey y que los griegos tenían libertad para retornar a su tierra cuando quisieran. Pero, según la versión de Ctesias⁷⁷, la muerte de Aquémenes, tío de Artajerjes I, finalmente fue vengada y un tiempo después el rebelde Inaro fue empalado, así como parte de los griegos.

Hay que esperar hasta Artajerjes II para encontrar un evento de interés para el presente artículo. A mediados siglo IV, este monarca debió lidiar con la llamada Revuelta de los Sátrapas. Con gran esfuerzo bélico —y también diplomático, ya que se producen diversas deserciones en el bando alzado— consiguió sobreponerse a la asonada. Sobre el destino de los rebeldes poco se sabe, más allá que uno de sus líderes, el sátrapa de Capadocia Datames, fue ajusticiado a instancias reales⁷⁸.

Artajerjes III, en el mismo marco de la revuelta en Fenicia, tuvo que enfrentarse a levantamientos en Chipre y Egipto. En la isla, las ciudades acabaron rindiéndose. La más resistente fue Salamina con el rey Pnitágoras al mando, asediado por Evágoras, el anterior rey de esa ciudad y aliado de los persas. La situación posterior es confusa en el relato de Diodoro. A Evágoras se le habría prometido recuperar el trono, pero finalmente fue designado para otro cargo en Asia. Al ejercer mal su cometido, tuvo que huir a Chipre y allí fue capturado y castigado. En cambio, Pnitágoras, que finalmente se había rendido voluntariamente a los persas, conservó la corona⁷⁹. Por otro lado, al sofocar el motín egipcio, en Pelusio se estableció en primera instancia un asedio, que se saldó con algunas escaramuzas. Con la huida del faraón Nectanebo II a Menfis, los mercenarios griegos que estaban con los egipcios enviaron embajadores al tebano Lácrates, que encabezaba el cerco, para pactar la capitulación de la plaza. La entrega pasaba por permitir su traslado a Grecia sin que sus posesiones fueran confiscadas. Tras la rendición, algunos soldados del ejército de Artajerjes rompieron los juramentos y se dieron al saqueo. Refrenados por Lácrates, su acción fue castigada posteriormente por el soberano con la muerte⁸⁰. Para conseguir más capitulaciones se propagó el rumor que los que se rindiesen no sufrirían represalia alguna, mientras que los que se mantuvieran firmes en su oposición hasta el final sufrirían el mismo destino que los sidonios⁸¹. La medida surtió su efecto y consiguió la rendición de todas las ciudades. En Menfis, el faraón Nectanebo II renunció al trono y huyó a Etiopía.

⁷⁷ Ctes. *Pers.* F14 36-39.

⁷⁸ D.S. XV, 90-91., Nep. *Dat.* 10-11, Polyæn. VII, 29, 1.

⁷⁹ D.S. XVI, 46, 1-3.

⁸⁰ D.S. XVI, 46, 6-49, 6.

⁸¹ D.S. XVI, 49, 7-8.

En las ciudades tomadas, Artajerjes saqueó los templos y, en algunas, también demolió sus murallas⁸².

4. Tras la derrota. Tratamiento de los vencidos

Las circunstancias previas al sometimiento ante las tropas del Gran Rey, sin duda, condicionaban el posterior trato que sufrían los derrotados o rendidos. A grandes rasgos es posible dividir los diferentes episodios en tres grandes categorías: resistencia/ataque a los persas, rendición tras una resistencia inicial y rendición sin resistencia.

El primer grupo es el que sufre mayores represalias. La mayoría de los casos que podemos englobar en este grupo, a primera vista, son revueltas (Babilonia, Sardes-Pactias—, Lemnos, Chipre, Samos —Carilao—, Mileto, Jonia e islas, Olinto y Sidón⁸³, además de todos los autoproclamados reyes de la inscripción de Behistún), por solamente dos conquistas (Egipto —Cambises— y Sardes). En estos dos últimos casos es notable observar que los principales dirigentes de esos lugares, Cresos y Psaménito, no sufrieron daño alguno y, especialmente en el lidio, llegaron a convertirse en alguien cercano al Gran Rey. Observando el cuadro (Fig. 1), se percibe claramente que la medida más ampliamente adoptada fue la ejecución o masacre de los implicados⁸⁴, solamente con cuatro posibles excepciones. En el caso de Priene y Magnesia, como colaboradoras, Heródoto nos da un relato muy somero. Por otra banda, en el episodio de la conquista de Sardes el foco de atención principal recae en la figura de Cresos, eclipsando el resto del relato. Para Mileto, como veremos más adelante, quizás haya que replantearse su adjudicación en este grupo⁸⁵.

⁸² D.S. XVI, 51, 1-2.

⁸³ D.S. XVI, 45, 2. En el fragmento que trata los últimos estadios de la revuelta sidonia es muy significativa la apreciación que se hace sobre que Artajerjes III no quería que la ciudad fenicia claudicara para poder infligirle represalias más severas que fueran ejemplarizantes para cualquiera que pudiera meditar la idea de la rebelión. Por lo tanto, resistir hasta el final o rendirse decidían la dureza de las consecuencias que tendría que soportar la comunidad en cuestión.

⁸⁴ A los que cabría sumar los ejecutados en Sardes por el complot frustrado.

⁸⁵ Cf. n. 111.

	Ejecuciones/ Masacres	Esclavización	Deportación	Incendios/ Saques	Repoblamiento	Nuevo gobierno local	Nuevo gobierno externo
Sardes - Creso			Sólo Creso				
Sardes- Pactias							Posible
Priene							
Magnesia							
Egipto - Cambises			Psámenito y los artesanos				
Samos - Carilao							
Babilonia							
Lemnos							
Chipre						Posible	
Mileto							
Jonia e islas			Doncellas				
Olinto							
Sidón			Doncellas			Sí con Alejandro	

Fig. 1: Tabla resumen de las represalias contra los que opusieron resistencia.

El resto de actuaciones no se nos presentan en todos los casos, aunque no hay que obviar la posibilidad que parte de la información se haya perdido en el relato historiográfico. Las deportaciones parece que, en estos casos, se limitaban a segmentos muy concretos de la población. Únicamente en el caso milesio, parece que el movimiento forzoso afectó a un espectro demográfico más amplio. Cabe puntualizar el caso de Chipre, ya que las represalias que pudieran sufrir las diferentes ciudades dependerían de su resistencia y la aceptación de la capitulación. Sin duda, las condiciones posteriores de Solos, Curio o Salamina no serían equiparables.

Las rendiciones plenamente incondicionales, sin un atisbo de resistencia, pueden limitarse a un único caso: a la primera de Samos. En este caso, las represalias parecen ser inexistentes, a diferencia de lo ocurrido con la posterior sublevación de Meandrio y Carilao. El ejemplo samio, pues, establece un ejemplo paradigmático de las dos caras que podía tomar la conquista persa.

En lo que concierne a las veces en que hubo una resistencia inicial y una posterior rendición pactada hay que contabilizar ocho casos seguros: Barca, Peonia, Naxos (segundo intento, la resistencia sucedería, empero, en la primera incursión persa), Eretria, los tebanos (Jerjes I), Egipto (Artajerjes I), Chipre (Artajerjes III) y Egipto (Artajerjes III). Dentro de un marco de conquista ocurrirían los sucesos de Peonia, Naxos y Eretria. Pero en los dos últimos casos habría que tener en cuenta los precedentes, ya que ambos protagonizaron un ataque o resistencia a los

hombres del Gran Rey que fue devuelto al cabo del tiempo. Fruto de una revuelta, en cambio, fueron los dos episodios de Egipto y el de Chipre. En una posición intermedia hallaríamos a los barceos. Durante la campaña egipcia de Cambises II se habrían plegado voluntariamente ante el monarca persa sin combatir, convirtiéndose en un pueblo tributario, igual que los libios y los Cireneos⁸⁶. La mención a los regalos como posible forma de tributo los equipara a zonas como Etiopia, Arabia o la Cólquide. Estas regiones no estaban formalmente integradas en el Imperio Aqueménida, pero anualmente entregaban un tributo, usualmente en especie⁸⁷. Igual que Libia, se situaban en los límites del Imperio. Por lo tanto, Barca se situaría en un espectro intermedio, aunque el hecho que el encargado de lidiar con la situación fuera el sátrapa de Egipto hace pensar que se vislumbraría quizás como una acción más bien interna. Si analizamos las consecuencias para los rendidos, las ejecuciones no tienen la preeminencia que en los episodios del primer supuesto. Exclusivamente, aparecen en los casos de Barca, los Tebanos y el de Artajerjes I en Egipto, y los tres son matizables. En lo concerniente a los barceos, las muertes no fueron impuestas por el ejército persa, sino que responden a la sed de venganza de Feretima. Con los Tebanos de las Termópilas, el episodio parece indicar que las muertes que se produjeron fueron más bien fruto de la confusión y la falta de entendimiento, al no comprender que querían rendirse. Por otro lado, existen notables discrepancias entre los testimonios de Diodoro y Ctesias sobre el destino de los Griegos y Egipcios que se sublevaron a Artajerjes I. Si nos fijamos en los incendios y saqueos, únicamente se atestiguan en Eretria. Tres de los casos explícitos de deportaciones estarían dentro de esta categoría: Barca, Peonia y Eretria. Por último, los que desistieron en Chipre y Egipto de su alzamiento contra Artajerjes no sufrieron represalia alguna, e incluso se les protegió de elementos incontrolados del ejército. En Egipto “únicamente” se saquearon los templos, llevándose oro, plata y los registros, aunque estos últimos pudieron ser recobrados con posterioridad mediante un rescate⁸⁸.

Fuera de estas tres categorías principales, hallamos algunos casos en que las circunstancias no nos son plenamente conocidas. Uno de estos sería esa recua de ciudades —Bizancio, Calcedonia, Antandro, Lamponio e Imbros— atacadas por Ótanes tras la campaña escita. Sabemos que se les acusa de rebelión o ataque a la expedición real. Heródoto diferencia claramente el destino de estos territorios del

⁸⁶ Hdt. III, 13, 3.

⁸⁷ Briant, *From Cyrus*, cit., 394-397.

⁸⁸ D.S. XVI, 51, 2.

de Lemnos, también sometido durante esa campaña. Esa distinción hace pensar que sólo Lemnos no se habría rendido voluntariamente al final. Como consecuencia para el resto de comunidades se indica exclusivamente la esclavización. Otro relato dudoso es el de las ciudades del Quersoneso y el Helesponto. Tras sucumbir a la ofensiva, las ciudades fueron pasto de las llamas, con las únicas excepciones de Cícico y Cardia. Según parece ambas ciudades habrían concertado su rendición, si bien sólo se nos da detalles sobre la claudicación de la primera, concertada con el gobernador de Dascilio. Por lo tanto, las demás ciudades del Quersoneso y el Helesponto probablemente habrían mantenido el pulso hasta el final, lo que les comportó una más dura represalia. También es reseñable el hecho que los contingentes imperiales después buscaran hacerse con el fugitivo tirano Milciades, aunque finalmente fuera su hijo Metíoco el capturado y trasladado a presencia de Darío. Sin espacio a posibles interpretaciones, tenemos a Clazomenas y Cime. En el caso de la Revuelta de los Sátrapas de Artajerjes II, solamente tenemos noticia de la ejecución de Datames. Lo que ocurrió con el resto de conjurados al sofocarse la sublevación no nos ha llegado.

5. ¿Esclavización o sometimiento?

Estrechamente vinculada con los efectos para los vencidos aparece la cuestión de la esclavización. A veces, no es sencillo distinguir entre una esclavización real y una “figurada” en las fuentes clásicas. En estas narraciones constantemente se produce una plasmación de la visión del Imperio Aqueménida por parte de los griegos, siendo el Gran Rey el único libre rodeado de una masa de esclavos⁸⁹. Quizá un ejemplo bien claro es el uso de la palabra δοῦλος⁹⁰ para designar a los países ya sometidos en la descripción de la campaña de Mardonio. Este punto de vista, sin duda, dificulta la labor de establecer en los diferentes casos si hay una verdadera esclavización o simplemente se refiere a la sumisión a los persas. El vocabulario, aunque reviste siempre de esa ambigüedad, puede sernos de alguna ayuda. Veamos para empezar los clasificados en la primera categoría. Sobre los chipriotas, Heródoto escribe, como colofón al episodio de su revuelta, que “tras haber gozado de un año de libertad, volvieron a verse nuevamente esclavizados”⁹¹.

⁸⁹ Puede verse claramente, por ejemplo, en los discursos de Dionisio el foceo (Hdt, VI, 11, 2) o el de Milciades (Hdt. VI, 109, 3). Cf. Tuplin, “Fear of Slavery”, cit.

⁹⁰ Hdt. VI, 44.

⁹¹ Hdt. V, 116, 1, trad. Schrader.

El verbo utilizado es *καταδουλόω*, el mismo que usa también para acabar el relato de la Revuelta Jónica, refiriéndose a las tres sumisiones jonias —la lidia y las dos persas⁹². En ambos casos, la palabra utilizada por el historiador no es tanto para describir un estatus jurídico real como para significar la sumisión a un poder externo. De estos primeros episodios, el único que parece plasmar una auténtica esclavización es el episodio de Priene. Aquí el vocablo utilizado es *ἐξάνδραποδίζω*. En nuestros casos, este mismo verbo es utilizado en las amenazas a los jonios y en la voluntad de Darío de capturar a etretrios y atenienses para llevarlos a su presencia. Por lo tanto, y dado que en ambos casos el episodio concluyó con la deportación de parte de la población sometida, parece que quizás podamos encontrarlos aquí en un caso similar. Si bien con interrogantes, Priene⁹³ se sumaría a los casos de población trasladada. En los otros casos en que se emplea el verbo *ἐξάνδραποδίζω* dentro del relato herodoteo tiene un significado de esclavización real y no metafórico⁹⁴.

Dentro de nuestra tercera categoría, encontramos el caso de la segunda expedición a Naxos. Aquí la palabra usada es *άνδραποδίζω*, etimológicamente vinculada a la anterior. Dentro de las situaciones aquí estudiadas también aparece en los casos de deportación de Mileto y Barca —en dos ocasiones—, además de en los de Samos y Bizancio, Calcedonia, Antandro, Lamponio e Imbros. En este último caso, se nos hace una clara distinción entre someter —*καταστρέφω*— y esclavizar al designarlo como acciones separadas⁹⁵. Para Samos, encontramos el verbo *άνδραποδίζω*⁹⁶ al referir el desobedecimiento de Ótanes de las órdenes de Darío de no matar ni esclavizar a los samios como había prometido Silosonte. Precisamente en la petición inicial que éste hace al monarca persa, la palabra empleada es *ἐξάνδραπόδις*⁹⁷, un nombre relacionado etimológicamente con el verbo que veíamos para Priene, Jonia y Eretria/Atenas. En Samos, además, tenemos

⁹² Hdt. VI, 32.

⁹³ Asheri *et al.*, *A commentary*, cit., 183 también apuntan a una deportación parcial de población en Priene que, sin llegar a desaparecer, perdió gran parte de su importancia.

⁹⁴ Para los usos de las diferentes palabras estudiadas en Heródoto se ha seguido a J. E. Powell, *A lexicon to Herodotus*, Cambridge 1938, donde también se contabiliza y se da la referencia de todas las apariciones de cada vocablo. Para *ἐξάνδραποδίζω*, p. 124, y las nueve referencias son: I, 66, 3, 155, 1, 156, 2, 161; III, 25, 3; VI, 9, 4, 94, 2, 108, 2; VIII, 126, 2.

⁹⁵ La frase original es: “ἠνδραποδίζετο καὶ καταστρέφετο”.

⁹⁶ Hdt. III, 149.

⁹⁷ Hdt. III, 140, 5.

el detalle añadido de su proverbial despoblamiento. Por todo, en estos tres casos es posible conjeturar una esclavización efectiva de parte de su población y quizás su traslado a otros lugares a conveniencia de sus nuevos amos. En esta misma línea, y retornando a Naxos, merece la pena recordar que uno de los aspectos que resaltó Aristágoras a Artáfrenes para instarlo a emprender la primera expedición contra la isla fue precisamente que contaba con muchos esclavos —en el original ἀνδράποδα⁹⁸—. Misma palabra que aparece con los de Mileto y los de Atenas/Eretria. En los dos casos se da a entender que tras ser esclavizados serían movidos de su tierra a presencia del Gran Rey. Por último, a tenor de las fuentes, Samos, las islas resistentes de la Revuelta Jónica —Lesbos, Quíos y Ténedos— y Eretria sufrieron una redada para capturar a sus habitantes. Por lo tanto, Samos⁹⁹, Bizancio, Calcedonia, Antandro, Lamponio, Imbros¹⁰⁰ y Naxos son también comunidades susceptibles de haber sufrido la deportación de parte de su población. El caso de los tebanos capturados tras las Termópilas parece también inscribirse en un caso de esclavización y deportación, si bien no tenemos más que la mención a los estigmas reales. Ya hemos visto, especialmente en relación a diferentes sucesos en la expedición de Alejandro, que había un número significativo de esclavos helenos en el interior de los dominios imperiales. Además, también se deduce de los textos que la mayoría no fueron deportados por Darío III, sino por reyes anteriores. Si bien no todos los hallados por los macedonios tendrían su origen en estos trasladados de tiempo de Darío I, sí es plausible que una parte de ellos pudieran ser los descendientes de los movidos desde las comunidades antes mencionadas.

6. Antes y después de la intervención militar

Las circunstancias en concreto de la caída de cada ciudad no parecen ser el factor decisivo, a primera vista, para determinar si deportar o no una parte de su

⁹⁸ Hdt. V, 31, 1.

⁹⁹ Asheri *et al.*, *A commentary*, cit., 521 postula también la deportación en Samos. Se especula que el movimiento tendría como destino Asia Menor, pero que la nombrada repoblación se debería a la marcha atrás en la medida para paliar los efectos de la excesiva despoblación.

¹⁰⁰ Las medidas contra estas ciudades debieron ser bastante duras si nos fijamos en la reacción de parte de los bizantinos y calcedonios que, durante la campaña del 493, ante el avance de la flota persa huyen para establecerse en Mesambria, en el Ponto Euxino, quizás impulsados por el resquemor de lo sucedido unos años antes (Hdt. VI, 33).

población. Hemos visto diferentes actuaciones en contextos de derrota y sometimiento similares. En los casos de posible traslado forzoso, la mayoría se producen con una rendición tras un período de resistencia que puede ser más o menos férrea. Mileto¹⁰¹, las ciudades e islas jonias, Samos y Sidón parecen ser las únicas que se negaron a claudicar y tuvieron que ser asaltadas. Así pues, si descartamos este factor como desencadenante¹⁰² al darse movimientos de población en ambos supuestos, y cotejamos estos episodios con los demás episodios de sometimiento, sí que parece haber algunas diferencias en la situación previa y, a causa de ello, en la posterior de cada comunidad. En la gran mayoría de los casos de posible esclavización o deportación, encontramos que se nos presenta la existencia de grupos o individuos favorables a los persas en el seno de esa comunidad que podrían, después de la conquista, gobernar en pro de los intereses del Gran Rey. De hecho, en varios de ellos la intervención de las tropas aqueménidas se produjo a instancias del requerimiento de estas personas o facciones. La primera conquista de Samos se inició a requerimiento de Silosonte que, tras la victoria persa, debía ocuparse del gobierno de la ciudad en calidad de tirano, como así ocurrió. Algo similar ocurre con los hermanos peonios que, si bien la historia sobre como atrajeron la atención de Darío I es probablemente ficticia¹⁰³, se explicita claramente que el objetivo era buscar el apoyo del monarca para ejercer como tiranos entre los suyos¹⁰⁴. Tras la conquista no podemos saber si lograron finalmente su objetivo, ya que Heródoto no nos cuenta más sobre ellos. Para Barca también el requerimiento local es la excusa que sirvió para expandir o formalizar los dominios imperiales. Feretima fue la que pidió al sátrapa de Egipto, Ariandes, que la ayudara a vengar la muerte de su hijo. Tras tomar la colonia y ejecutar a los principales implicados en el asesinato, queda bien claro que la ciudad fue entregada a los miembros de la dinastía Batiada y otros ciudadanos de confianza. La misma dinámica debería haber seguido Naxos, al menos en la primera intentona que acabó en fracaso. Fueron los naxios adinerados los que, a través de la mediación de Aristágoras de Mileto, propiciaron la expedición persa contra la isla. No sabemos si nueve años después finalmente pudieron asumir el control, pero parece bastante probable. Tras el fracaso del primer intento, se dice que los persas construyeron instalaciones

¹⁰¹ Las circunstancias exactas sobre la caída de esta ciudad puede que deban ser reconsideradas y más adelante es sugerido un cambio de categoría, *cf.* n. 111.

¹⁰² Aunque como veremos más adelante sí que afectaría en el tipo de deportación.

¹⁰³ *Cf.* n. 14.

¹⁰⁴ La expresión usada es: “αὐτοὶ ἐθέλοντες Παιόνων τυραννεύειν”.

fortificadas para albergar a los exiliados naxios¹⁰⁵, que previsiblemente quedarían a la espera del retorno del ejército y la culminación de la conquista.

En otros casos, si bien no se nos explicita una demanda previa a la intervención persa, si es posible vislumbrar la existencia de grupos que podrían llegar a actuar siguiendo los intereses del Gran Rey. En el marco de la Revuelta Jónica, los tiranos que habían sido depuestos cuando Aristágoras instauró la isonomía en todas las ciudades¹⁰⁶ acompañaban a los contingentes aqueménidas. Una buena parte de ellos habían estado en el poder gracias al apoyo persa¹⁰⁷. Su actuación más destacada fue su mediación para conseguir la defección del bando sublevado de sus ciudades de origen en los prolegómenos de la batalla de Lade. El impacto inicial de su intervención fue bastante limitado, ya que sólo Samos se mostró receptiva a la capitulación. Gracias a ello, la ciudad se libró de cualquier represalia y Éaces, el hijo de Silosonte, se convirtió en el tirano samio¹⁰⁸. Tras la caída definitiva de todos los focos rebeldes en Jonia, la reinstauración de los anteriores tiranos fue una medida aplicada de manera generalizada¹⁰⁹. Además se impulsaron políticas que

¹⁰⁵ Hdt. V, 34, 3.

¹⁰⁶ Hdt. V, 37, 2-38, 2. La mayoría de tiranos habrían sido exiliados sin sufrir daño alguno. Únicamente Coes de Mitilene fue ajusticiado por los suyos, muriendo apedreado.

¹⁰⁷ Hdt. IV, 133, 136-137.

¹⁰⁸ Hdt. VI, 25.

¹⁰⁹ Sólo tenemos los interrogantes de qué ocurrió con el gobierno de Mileto y Lesbos si, al no conservar sus anteriores tiranos, los persas encontraron sustitutos de confianza. Para los milesios los indicios apuntan que no habrían hallado un tirano sustituto. Heródoto nos habla del establecimiento en la ciudad de persas, a parte de los carios (Hdt. VI, 20, 1). Scott, *Historical commentary*, cit., 464, 543 considera que hubo intentos de buscar un reemplazo entre los potentados de Mileto (siendo uno de los motivos de la prolongación del sitio de la ciudad), pero que la impopularidad del cargo hizo que ninguno de ellos accediera a la propuesta. Aun así, los milesios no estarían totalmente desprovistos de órganos de representación. En D.S. X, 25, 4, Hecateo es descrito como embajador de Mileto, con capacidad de interlocución con el sátrapa Artáfrenes, aconsejándolo sobre una mejor gestión de la situación. Es posible pensar que en Mileto se instauró, como sucedería poco después en buena parte de Jonia, un régimen democrático. Los persas asentados en la ciudad quizás, más que gobernantes, podrían ser parte de una guarnición para asegurarse que no se producía una nueva sublevación, supervisando (o actuando como una coacción pasiva) la acción de las instituciones locales. Que Hecateo sea la figura escogida es significativo, ya que en varias ocasiones había mostrado su oposición a Aristágoras (Hdt. V, 36, 2-3, 125). Puede que no asumiera el cargo de tirano, pero no es improbable que fuera uno de los miembros

no indican un recrudecimiento de las condiciones anteriores a la Revuelta, con el arbitrio en los conflictos entre ciudades y una nueva tributación más ajustada a los recursos de cada comunidad. Pero la recuperación de los tiranos tuvo una corta proyección temporal, ya que un año después muchos de ellos fueron depuestos¹¹⁰. Parece probable que la causa fuera el descrédito en el seno de sus comunidades que tenía la institución de la tiranía, algo que había quedado claro en el poco éxito de la mediación de los tiranos antes de Lade¹¹¹. De las tiranías se pasó a sistemas democráticos. Los cambios sucedieron tras la llegada de Mardonio que, al realizar todos estos cambios, debería estar cumpliendo con directrices reales. Recalcando la impopularidad del sistema de las tiranías, cabe pensar que el objetivo del remplazo sería minimizar el riesgo que estallase en el futuro otra Revuelta Jónica.

En Eretria, ante la inminente llegada del ejército aqueménida, había distintas opiniones sobre cómo afrontar el problema: resistencia, huida o capitulación. Los partidarios de esta última posición, como ya indica Heródoto, buscaban de esa manera ganarse el favor de los persas y sacar rédito de la situación¹¹². Esa misma facción sería la que, tras seis días de asedio, entregaron por traición la ciudad a los persas, en espera que su acción fuera recompensada con posterioridad. Lo limitado del dominio exterior, no permite adivinar si también en territorio eretrio se había ya empezado un proceso similar a los vistos anteriormente. Podemos conjeturar que había planificado un arreglo similar en Atenas donde el poder sería transferido al pisistrátida Hipias. En la Revuelta Jónica, ya había conseguido que

destacados en un gobierno coral o democrático que se adscribiera a los intereses del Estado Aqueménida. Además, esto podría reescribir los detalles exactos de la caída de Mileto. La emergencia de figuras como la de Hecateo abre la puerta a pensar que podría haber sido posible una rendición pactada de última hora, siendo estos personajes los mediadores locales en el pacto. De esta manera, Mileto quizás evitó así una masacre más generalizada de sus ciudadanos. En el relato de Heródoto se nos mencionan muertes de hombres. Mileto había sido el adalid de la Revuelta Jonia y, probablemente, albergaba en sus murallas algunos de los máximos seguidores de Aristágoras e Histieo, para los cuales el perdón parecería hartamente impensable. Así pues, las penas aplicadas podrían estar más vinculadas al levantamiento general de Jonia, más que no al caso concreto de Mileto.

¹¹⁰ Hdt. VI, 42-43, D.S. X, 25, 4; Scott, *Historical commentary*, cit., App. 11, 542-545.

¹¹¹ A tenor de noticias posteriores parece que no todos los tiranos de la región fueron depuestos. Samos, donde la mediación de Éaces sí que había tenido éxito, siguió en manos de tiranos (Hdt. VIII, 85, 3, IX, 90). Quíos conservó a Estratis en el cargo (Hdt. VIII, 132, 2).

¹¹² Hdt. VI, 100, 2: “ἄλλοι δὲ αὐτῶν ἴδια κέρδεα προσδεκόμενοι παρὰ τοῦ Πέρσεω οἴεσθαι προδοσίην ἐσκευάζοντο.”

Artáfrenes presionara a los atenienses para su restauración como tirano de la ciudad¹¹³. Posteriormente, acompañó y asesoró a los comandantes persas durante la Primera Guerra Médica. Murió en Maratón¹¹⁴.

A banda del ya tratado caso de Mileto, sólo encontramos dos aparentes excepciones a este esquema. En primer lugar, encontramos a Priene, sometida por Ciro II. La parquedad de los datos aportados no nos permite saber nada más. Sólo podemos pensar en un gobierno pro-helénico durante la Revuelta Jónica, en base a su aportación de doce naves a la flota aliada en Lade¹¹⁵. Pero en el aproximadamente medio siglo que dista entre estos dos sucesos no sabemos qué paso con ella. Tampoco conocemos la situación exacta de aquel grupo de ciudades formados por Bizancio, Calcedonia, Lamponio, Antandro e Imbros. El tirano Aristón de Bizancio era uno de los que colaboró en facilitar el retorno de la expedición escita de Darío I¹¹⁶. El momento exacto de la defección bizantina no nos es legado, pero bien podría ser que se produjese un golpe de Estado aprovechando la ausencia de Aristón. Si hubiese sido así, la solución sería sencilla: al recuperar la plaza, los persas habrían restaurado en su lugar a Aristón. Del resto de las ciudades sometidas no aparecen citados sus gobernantes en ese marco, hecho que podría indicar su deserción del bando persa por aquel entonces. Calcedonia fue el lugar donde se tendió el puente para cruzar el Bósforo en el viaje de ida¹¹⁷, pero a la vuelta el cruce se hizo por Sesto, en el Quersoneso¹¹⁸, lo que podría también connotar que esa ciudad también había traicionado entonces al Gran Rey. La situación en Calcedonia podría ser análoga a la bizantina y, tras su recuperación, producirse la restauración de su anterior gobernador. Aun así, no hay que descartar la alternativa en que Aristón y su homólogo calcedonio fueran los instigadores de la deserción. En este caso, y en una situación parecida a la vista en Lemnos, es posible pensar en la instauración de un gobernador externo, quizás surgido entre alguno de los tiranos de las cercanías que se hubieran mantenido leales a Darío el Grande¹¹⁹. Dada la cercanía a la zona, es posible que también los habitantes de Imbros pa-

¹¹³ Hdt. V, 96.

¹¹⁴ Hdt. VI, 102, 107-109, 121.

¹¹⁵ Hdt. VI, 8, 1.

¹¹⁶ Hdt. IV, 138, 1.

¹¹⁷ Hdt. IV, 85, 1.

¹¹⁸ Hdt. IV, 143, 1.

¹¹⁹ Los tiranos helespónticos citados junto a Aristón son: Dafnis de Abido, Hipoclo de Lámpsaco, Herofanto de Pario, Metrodoro de Proconeso y Aristágoras de Cícico.

saran a ser controlados por alguno de estos tiranos del Helesponto. En el caso de Antandro y Lamponio puede que la persona que quedase a su cargo fuera Coes de Mitilene. En ambos casos es posible una fundación eolia¹²⁰ y durante la Guerra del Peloponeso eran una colonia mitilenea¹²¹. Coes, además, contaba con la gratitud de Darío por su actuación en la expedición a Escitia¹²². Con todo ello, estos territorios también podrían haber seguido el proceso de Lemnos, aunque al desistir de una resistencia hasta el último extremo les evitó sufrir las ejecuciones en masa que padeció esta isla.

Menos datos tenemos de los egipcios de Cambises. Si seguimos el relato de Heródoto, parece que el monarca persa podría haber barajado la posibilidad de permitir, un cierto tiempo después, a Psaménito continuar como gobernador, aunque su intento de sedición lo impidió¹²³. Todavía menos información hay sobre los tebanos apresados por Jerjes I. Por último, en Sidón, Artajerjes III ejecutó tanto al rey Tenes como a las cien principales figuras de aquella ciudad fenicia, con lo que muy probablemente adjudicara el gobierno a alguna otra localidad que se hubiera apartado de la rebelión. No mucho después, cuando Alejandro llegó a la región, estaba al mando de Sidón un fenicio pro-persa llamando Estratón¹²⁴. La entrega de la localidad se produjo más por la presión de los sidonios, que no por la iniciativa de Estratón. Tal dicotomía podría indicar el carácter impuesto de este gobernante, que fue depuesto tras la llegada de los macedonios¹²⁵. La proclamación como monarca de Abdalónimo, un personaje con unos vínculos algo lejanos con la familia real¹²⁶, mostraría la eficacia de Artajerjes III al eliminar a cualquier personaje de renombre que pudiera convertirse en un sucesor de Tenes y supusiera un elemento de oposición a su recién impuesto gobierno. Dada la escasa información sobre lo sucedido con los judíos en ese mismo tiempo, tampoco podemos saber con exactitud lo que ocurrió con ellos.

¹²⁰ Antandro: Thuc. VIII. 108, 4. Lamponia: Str. XIII, 1, 58.

¹²¹ Thuc. IV, 52.

¹²² Hdt. V, 11, 2.

¹²³ Hdt. III, 14-15.

¹²⁴ F. Pejenaute Rubio (trad.), *Historia de Alejandro Magno*, Madrid 1986, 134 n. 155. Estratón sería un nombre habitual entre gobernantes fenicios. Por lo tanto, el nuevo rey era de la zona, pero por lo visto hasta ahora, parece improbable que fuera de la misma Sidón.

¹²⁵ Curt. IV, 1, 15-16.

¹²⁶ Curt IV, 1, 17-26.

En los relatos concernientes a los episodios donde no se ha conjeturado una deportación, como mínimo, no nos es atestiguada por los autores clásicos la existencia de partidos pro-persas en esos lugares. Por lo tanto, quizás aquí es donde se halla la clave para entender cuando se producían los traslados forzosos en el Imperio Aqueménida.

7. Las cifras de las deportaciones

En este punto cabe preguntarse a cuánta gente afectaba dichas deportaciones. Pese a que Heródoto a menudo diga que toda la población era forzada a trasladarse, parece poco probable que sea real. En primer lugar, los costes logísticos de trasladar a tanta gente a largas distancias parecen inviables. Estamos hablando de centenares de kilómetros a pie, cuando no se necesitasen embarcaciones para tal propósito. Consecuentemente, cabe pensar que los movilizados serían sólo una parte del total. De hecho, Heródoto parece denotar en referencia a los eretrios desplazados que no fueron todos los habitantes de la ciudad. La expresión usada — τοὺς δὲ τῶν Ἐρετριέων ἀνδραποδισμένου¹²⁷— puede traducirse como “Aquellos de los eretrios que habían sido esclavizados”. Filóstrato de Atenas nos dice que inicialmente el grupo lo conformaban 780 hombres, mujeres y niños. Pero sólo 410 —400 hombres y 10 mujeres— llegarían a su destino final. Con todas las precauciones posibles delante de un texto tardío como es el de Filóstrato¹²⁸ las cifras no parecen tan disparatadas. Alrededor de un millar de personas podría ser fácilmente manejable por un contingente militar relativamente reducido, además de no suponer un excesivo coste logístico y subsistencial, ni tampoco de bajas¹²⁹. Contando las más que seguras pérdidas de vidas en el camino, esta cantidad de gente permitiría establecer una comunidad viable y próspera.

Para hacernos una idea de lo que supondría tal empresa, podemos calcular el alimento necesario a diario. Si usamos el caso de los eretrios, según los cálculos de Scott¹³⁰ habrían tardado 57 jornadas a pie hasta Susa, a lo que habría que sumar un viaje en barco que haría ascender la cifra quizá hasta los 77 días —a los que

¹²⁷ Hdt. VI, 119, 1.

¹²⁸ Sobre los problemas de esta fuente, Grosso, “Gli Eretriesi”, cit., 357-368; R.J. Penella, “Scopelianus and the Eretrians in Cissia”, *Athenaeum* 52, 1974, 295-300.

¹²⁹ Scott, *Historical commentary*, cit., 619-620.

¹³⁰ *Ibid.*, 460, 490. Tomamos la velocidad de 30 km por día al tratarse de un grupo numeroso.

hay que añadir después un par de días más para cubrir las cerca de 35 millas que separan Susa de Ardericca, haciendo un total de 79—. En la presente operación, no diferenciaremos entre hombres, mujeres y niños en la asignación de ración al no poder establecer con seguridad la composición demográfica del contingente. Simplemente se trata de un cálculo estimatorio. Para fijar la asignación, se pueden coger como referente las Tablillas de la Fortificación de Persépolis. Entre ellas, hay algunas que hacen referencia a la movilización de los llamados *kurtas*¹³¹. Dado que en el caso presente y en el de los archivos se pretende la supervivencia de los trasladados, los datos pueden ser extrapolables. Las raciones para estos grupos median entre el cuarto y el cuarto y medio de harina por día¹³². Hay excepciones, como en el caso de PFa 30 en que reciben 1/30 de *marriš*¹³³. Aun así, no parece adecuada esta cantidad tan escasa de harina a la distancia recorrida por los eretrios. El caso presentado es de un trayecto más corto dentro de Parsa. Por tanto, parece más indicado fijar la cantidad entre el cuarto y el cuarto y medio. Para visualizar las cantidades, nos será más fácil trabajar con unidades de masa y no de volumen. Un cuarto de harina representa 0,64959 kg¹³⁴. Un cuarto y medio serían 0,97 kg por persona y día. Cada individuo, pues, requeriría entre 51,32 y 76,63 kg de harina para realizar el trayecto. La población exacta de Eretria en la época de la conquista no es conocida, pero puede estimarse en 23.250 personas¹³⁵. Si se hubieran deportado a todos los habitantes¹³⁶, la cantidad de harina diaria sería de entre 15.102,97 y 22.552,5 kg. La cifra total hasta el fin del trayecto sería de 1.193.134,43 a 1.781.647,5 kg. Si usamos ahora las cifras de Apolonio, se necesitaría entre 506,68 y 756,6 kg por jornada; el total del traslado se ubicaría de

¹³¹ *Vid. supra.*

¹³² R.T. Hallock, *Persepolis fortification tablets*, Chicago 1969, 40; Briant, *From Cyrus*, cit., 431-432.

1 cuarto seco equivale a 1,101220942715 litros.

¹³³ 1 *marriš* equivale a 10 cuartos, por lo tanto reciben un tercio de cuarto.

¹³⁴ 1 litro de harina viene a ser unos 0,59 kg.

¹³⁵ Str. X.1.10 dice que se mencionan 3.000 hoplitas, 600 jinetes y 60 carros en una inscripción de una columna del templo de Artemis Amarintia. K.G. Walker, *Archaic Eretria: a political and social history from the earliest times to 490 BC*, London 2004, 120 cree que dataría del siglo VI. Siguiendo los datos de M.H. Hansen, *Studies in the population of Aigina, Athens and Eretria*, Copenhagen 2006, 87 n. 46, los 3.720 soldados equivaldrían a una población de 23.250 eretrios en total.

¹³⁶ Imposible ya que habría que contar con los muertos y los huidos, pero el cálculo es estimatorio únicamente.

40.027,74 a 59.771,4 kg. A esto habría que sumar el agua. Podemos recurrir a los cálculos de Engels¹³⁷ para el ejército de Alejandro, donde señala que cada hombre requeriría de medio galón— 2,27305 l— de agua al día. A todo ello cabría añadir unos posibles animales de carga. De nuevo nos fijamos en Engels¹³⁸, para establecer que estos animales requerirían cada uno de 8 galones de agua y 20 libras de grano y forraje, esto es, 36,37 litros y 9,07 kilogramos. No hay que olvidar, además, las raciones de los soldados —cuyo número crecería en proporción al número total de deportados—. Sin duda, es inviable pensar otro modo de aprovisionamiento que no sea por el camino. Seguramente, las jornadas transcurrirían entre postas del camino real o guarniciones¹³⁹. El paso de una de estas caravanas de personas para un territorio supondría una carga notable comparable a la de un ejército. La diferencia es que con la guerra podrían drenarse rápidamente recursos que permitieran recuperar con cierta velocidad el perjuicio —en forma de botín, tributos...—. En cambio, las deportaciones generarían un impacto económico mucho más moderado y a plazos más largos. Así pues, parece descartable seguir hablando de un movimiento total de la población.

Informaciones posteriores parecen confirmar estas sospechas. Eretria participó en las batallas de Artemisio y Salamina con siete naves¹⁴⁰, y contribuyendo con 600 soldados en Platea junto a su colonia Estira¹⁴¹. Por su parte, los milesios estuvieron presentes en Micala, donde desertaron del bando persa¹⁴². Dado que habían pasado entonces menos de quince años de las deportaciones, no parece viable pensar que se podría haber producido una recuperación de población suficiente de manera natural. Además, en la lista de *stephanephoroi* o *aisymnetai* —magistrados epónimos de Mileto— no hay ningún vacío en los años posteriores al

¹³⁷ D.W. Engels, *Alexander the Great and the logistics of the Macedonian army*, Berkeley 1978, 145.

¹³⁸ *Ibid.*

¹³⁹ Tuplin, “Xenophon”, cit.

¹⁴⁰ Hdt. VIII, 1, 2, 46, 2.

¹⁴¹ Hdt. IX.28.5.

Kulesza, “Persian Deportations”, cit., 234 sugiere una cifra total de no menos de 1500 eretrios. Pese a ello no puede hablarse de un total despoblamiento. En el 290 a.C., ya habría recuperado e incluso superado la cifra calculada para el siglo VI, Hansen, *Studies*, cit., pp. 61-88; D. Knoepfler, “Le territoire d’Érétrie et l’organisation politique de la cité”, en M. H. Hansen (ed.), *The Polis as an Urban Center and as a Political Community*, Copenhagen 1997, 371-373.

¹⁴² Hdt. IX, 99, 104.

ataque persa¹⁴³. Así pues, si bien fueron diezmados, sólo una parte habría sufrido el traslado. En el caso de los de Barca¹⁴⁴, es aún más evidente, al afectar sólo a una parte de las facciones existentes en la comunidad. En el caso peonio, la cuestión también resulta clara al ver que el traslado no afectó a todas las tribus.

Si fijamos nuestra atención en los ejemplos en que hemos deducido la posible deportación la tendencia observada es similar. Como ya hemos visto, Priene participó en Lade con una docena de naves¹⁴⁵. Samos, antes de la capitulación pactada, aportaba sesenta naves a la flota jonia¹⁴⁶. En la Revuelta Jónica, Bizancio y Calcedonia se habían recuperado lo suficiente para levantarse contra sus dominadores¹⁴⁷. Naxos contribuyó con cuatro embarcaciones en la batalla de Salamina, tras desertar del bando persa¹⁴⁸. Con todo ello es descartable considerar las deportaciones aplicadas por los aqueménidas de masivas. En todo caso, la cantidad de gente desplazada debería ser limitada, con lo que cabe preguntarse ahora si había un criterio de selección o bien era algo arbitrario, donde pesaría más la función del qué (la deportación) que no el quién.

8. Objetivos políticos de las deportaciones

La movilización forzosa de un grupo notable de gente supone una acción que, sin duda, genera un impacto significativo en las comunidades de origen, así como en las vecinas. Esto viene reforzado por los esfuerzos adicionales que vemos que los persas empleaban para capturar a los huidos tras su triunfo. En Samos, en las islas de la Revuelta Jónica y en Eretria¹⁴⁹ se produjeron redadas para apresar a los que habían huido. Si bien la descripción herodotea de la práctica —que aparece al relatar lo acontecido en las islas— no sería verosímil, sí que es viable pensar que, tras la conquista, las tropas aqueménidas realizaban batidas en el territorio para interceptar a los fugitivos, siendo las islas los lugares donde podrían efectuarlas con mayor eficacia. También podría incluirse en este listado a Naxos, ya que se

¹⁴³ SIG 322.

¹⁴⁴ Hdt. IV, 204.

¹⁴⁵ Hdt. VI, 8, 1.

¹⁴⁶ Hdt. VI, 8, 2.

¹⁴⁷ Hdt. VI, 33.

¹⁴⁸ Hdt. VIII, 46, 3.

¹⁴⁹ Samos: Hdt. III, 149; Islas: Hdt. VI, 31; Eretria: Pl. *Leg.* 698 c-d, *Menex.* 240 a-b.

nos relata la huida a los montes de sus habitantes y que los persas esclavizaron a los que pudieron capturar¹⁵⁰, denotando una persecución.

Este esfuerzo extra no sería por una cuestión de hacerse con más prisioneros. Sin duda, los huidos no serían mayoría y, si el único interés fuera el rédito económico que pudieran aportar como esclavos, tendrían suficiente con los que no se hubieran escapado¹⁵¹. El relato sobre las calamidades infligidas a las islas y ciudades continentales jonias puede aportar cierta luz al respecto. Tras la redada era cuando se aplicaban los diferentes castigos sobre la población. Entre ellos, la ejecución sería el más trascendental para el tema del artículo. Como ya hemos visto, la pena de muerte aplicada a los principales cabecillas opositores fue la medida más ampliamente seguida. La inscripción de Behistún nos aporta numerosos ejemplos. Desde un punto de vista práctico era lo más lógico: no servía de nada despoblar en exceso un territorio. La obtención de recursos y tributo no serían posibles si se infligían grandes daños demográficos. Por lo tanto, la solución más adecuada sería limitar los efectos directos sobre la población e intentar, paralelamente, acentuar los secundarios. En primer lugar, obviamente, se trataría de evitar que esos enemigos volvieran a las andadas. Así pues, una batida podía servir para capturar aquellos líderes rebeldes que se pudieran haber dado a la fuga y de esta manera aplicarles la pena prescrita. Además, el ajusticiamiento de estos cabecillas se convertiría en un precedente indeleble, sirviendo como advertencia para cualquiera que pensara seguir sus pasos y oponerse a los intereses del Gran Rey¹⁵². El propósito de todo ello sería, por lo tanto, asegurar de manera inmediata la estabilidad política y social de la región, sin el perjuicio económico que ocasionaría un escarmiento general. Pero en Eretria no se produjeron ejecuciones, lo que muestra que no sólo este castigo sería el que esperaríamos a los apresados, aunque el objetivo de estabilización también sirva, como veremos, para comprender el celo en su captura.

Si nos fijamos en las deportaciones seguras¹⁵³ —esto es, Barca, Peonia, Mileto, Jonia, Eretria y Sidón—, rápidamente salta a la vista que los sucesos de

¹⁵⁰ En el original (Hdt. VI, 96): “οἱ Νάξιοι πρὸς τὰ ὄρεα οἴχοντο φεύγοντες οὐδὲ ὑπέμειναν, οἱ δὲ Πέρσαι ἀνδραποδισάμενοι τοὺς κατέλαβον αὐτῶν,”

¹⁵¹ Ya se ha visto el coste que supone un traslado de cierta magnitud, con lo cual habría que ponderar cuál sería la mejor manera de amortizar ese gasto.

¹⁵² El efecto propagandístico que, en parte, tenían estas acciones queda bien patente en las campañas de Artajerjes III, donde Sidón se convirtió en un caso paradigmático de lo que esperaba a aquellos que no claudicasen ante su ejército (D.S. XVI, 45, 2).

¹⁵³ Dejemos por el momento de lado las conjeturas en este artículo, así como las

Jonia y Sidón se distinguen por los sectores demográficos afectados. Estas dos movilizaciones solamente afectarían a doncellas de esas ciudades. En cambio, en las otras ocasiones el fenómeno comprendería hombres, mujeres y niños. Las diferencias no acaban ahí. Las últimas comunidades jonias rebeldes y Sidón no se rindieron y tuvieron que ser tomadas¹⁵⁴, mientras que las demás habrían abandonado su beligerancia. Si bien dijimos que las deportaciones se daban en ambos casos, es evidente que el proceso seguido no era exactamente el mismo según la circunstancia. Vinculado a esto, vemos que Jonia y Sidón fueron las únicas en sufrir la masacre de parte de su población tras ser tomadas. Ciertamente, en Barca también hubo cruentas ejecuciones, pero hay que preguntarse si son fruto de la política represiva aqueménida o un asunto interno. Feretima fue la que decretó las penas de muerte, pero no para todos los rebeldes, sino que acabó con la vida de aquellos que habían estado más vinculados con el asesinato de su hijo. Por lo tanto, las ejecuciones probablemente serían el castigo por ese crimen, más que no por su oposición a los persas. Volviendo a Jonia, allí no se nos especifica la muerte de hombres, pero sí en Mileto. Como ya hemos visto¹⁵⁵, estas ejecuciones milesias resultaban extrañas por el contexto y se ha adelantado que quizás responderían por su papel en la Revuelta de Jonia en general más que no por su resistencia en Mileto. Allí, como foco principal del levantamiento, se deberían haber concentrado un buen número de los rebeldes más destacados. Al caer la plaza, serían ajusticiados. En el resto de ciudades jonias, sin duda, también se aplicó la pena de muerte a los diferentes líderes cívicos. No hay que obviar la existencia de un cierto solapamiento entre ambos relatos en la narración de Heródoto por su cercanía temporal y geográfica. La similitud entre ambos fragmentos donde se vincula las calamidades sufridas con los presagios y amenazas anteriores es clara. El carácter compendioso de la descripción de la derrota de las últimas ciudades hostiles al Gran Rey sesga los diferentes detalles que, sin duda, diferenciaron las diferentes tomas de esos centros. Si sabemos que Mileto siguió un rumbo distinto de estas localidades es, básicamente, por el devenir posterior de la situación. Sólo así, y por analogía con episodios similares, como ya se ha visto, es posible probar de reconstruir con mayor exactitud de qué manera se dio todo¹⁵⁶. Tras este breve excursus, retomamos el

extremadamente parcas de información, como la de los judíos de Artajerjes III.

¹⁵⁴ Si bien ya hemos visto que en Sidón, Artajerjes III quería evitar a toda costa una claudicación de la plaza para infligirle un mayor castigo.

¹⁵⁵ Cf. n. 111.

¹⁵⁶ También se puede argumentar que en el fragor bélico (y más tras una Revuelta que

hilo para ver que en Sidón la cuestión está clara: se ajustició al rey Tenes y a los miembros más destacados de la comunidad sidonia. Por último, el destino final de los deportados es discrepante entre ambas categorías. Mientras las muchachas jonias y sidonias acaban en alguno de los principales centros administrativos reales —seguramente como esclavas¹⁵⁷ o concubinas, quizás redistribuidas como dádivas a diferentes cargos o aliados—, los otros fueron reasentados en diferentes regiones del Imperio, donde se les proporcionaron tierras, probablemente vivían de manera autónoma y no sufrieron ninguna represalia ulterior¹⁵⁸. Esta diferenciación que nos ha permitido distinguir dos fenómenos diferentes de deportación también podría transmitirse en los objetivos últimos buscados por la movilización forzosa en cada caso.

Para tal propósito quizás lo mejor sea detenerse brevemente a examinar la terminología de las deportaciones. No existe en griego un vocablo que sirva para designar exclusivamente el concepto de deportación. Heródoto utiliza habitualmente la palabra ἀνασπαστός¹⁵⁹. Este término es polisémico y tiene otras acepciones no vinculadas a estos procesos de traslados poblacionales, como serían “que se aprieta”, “que se abre hacia adentro”, “levantado”, “izado” o “arrancado”. Este último significado es remarcable, ya que traza un paralelo claro con el término arameo¹⁶⁰. En un proceso análogo, estas palabras pudieron ser el origen de su uso para designar los traslados de población forzosos por un proceso de equiparación metafórica. Para los casos que nos conciernen, ἀνασπαστός se suele interpretar como movido al interior o alejado de la costa. Esto, junto al matiz de desarraigo, nos da una idea aproximada de lo que supondrían estos traslados de población en la mentalidad helénica: un alejamiento de ese mar común que es el Egeo y, por lo tanto, una ruptura de los contactos con el resto de comunidades griegas. Tendría más peso este

hacia años que se alargaba y un sitio también prolongado) a veces no es fácil reprimir los impulsos de revancha y recordar (o acatar) las órdenes. Pueden servir de ejemplos la desobediencia de Ótanes en Samos (Hdt. III, 147, 1), la ejecución de Histieo (Hdt. VI, 30, 1) o los soldados persas que saquean Pelusio en la campaña egipcia de Artajerjes III (D.S. XVI, 49, 1-6).

¹⁵⁷ Sobre la fama de las griegas en Persia, tenemos los deseos de Atosa, Hdt. IV, 134, 5.

¹⁵⁸ Sobre estos aspectos se profundizará más adelante.

¹⁵⁹ Definiciones extraídas de H.G. Liddell, E.A. Barber, R. Scott, H.S. Jones y R. McKenzie, *A Greek-English lexicon*, Oxford 1940; y F. Rodríguez Adrados, *Diccionario griego-español*, Madrid 1980.

¹⁶⁰ Cf. n. 8.

sentimiento global que el de su ciudad o región natal. Por ejemplo, los habitantes de Focea y Teos no tuvieron problema en asentarse en otros territorios para no caer bajo el yugo de Ciro¹⁶¹. Durante la Revuelta Jónica¹⁶² y tras la Primera Guerra Médica¹⁶³, hubo planes para trasladar a los jonios a Cerdeña, Tracia o la Grecia continental. De hecho, Aristágoras de Mileto murió en el intento que hace junto a algunos compatriotas para asentarse en territorio tracio¹⁶⁴. Calcedonios y bizantinos, ante la inminente derrota, se trasladaron al Ponto Euxino¹⁶⁵. Por lo tanto, el temor principal a la deportación no era el de alejarse de su patria estrictamente hablando. El verdadero miedo es a no poder mantener sus señas de identidad, sus costumbres o su religión y, quizás, sucumbir a la barbarie. La caída ante el rey persa se equiparaba a la pérdida de la libertad y, por lo tanto, a la imposibilidad de mantener la *polis* como el elemento organizativo y cívico por antonomasia. La *polis*, como reunión de ciudadanos libres, no puede existir en un régimen que, a sus ojos, está compuesto enteramente por esclavos¹⁶⁶. Ante estas perspectivas, las diferentes comunidades helénicas reaccionaron de diferentes maneras —resistencia, neutralidad o sumisión— ante el avance persa con el objetivo de poder seguir manteniendo su organización tradicional y sus usos. El término ἀνασπαστός es el nombre que designa el proceso de deportación en su totalidad y aparece explícitamente en los relatos de los barceos, peonios y jonios. También es usado para referirse a Histieo y su confinamiento a Susa¹⁶⁷, sumándole, además, el matiz de traslado al interior mencionado con anterioridad. Heródoto no fue el único en usar esta palabra con esta acepción. Jenofonte¹⁶⁸ la emplea para evocar a los innumerables que fueron enviados a la corte del Gran Rey para ser esclavizados. Ctesias¹⁶⁹ utiliza la palabra ἀνασπαστός para designar el proceso que afecta a los artesanos egipcios. En un segundo fragmento, Ctesias la usa en referencia a un episodio de exilio a unos

¹⁶¹ Hdt. I, 164-168.

¹⁶² Hdt. V, 124-126, 2.

¹⁶³ Hdt. IX, 106, 2-4.

¹⁶⁴ Hdt. V, 126, 2.

¹⁶⁵ Hdt. VI, 33.

¹⁶⁶ C.J. Tuplin, “Fear of Slavery and the Failure of the Polis”, en A. Sergiou y S.J. Hodkinson (eds.), *Fear of Slaves – Fear of Enslavement in the Ancient Mediterranean*, Paris 2006, 59-77.

¹⁶⁷ Hdt. V, 106, 4.

¹⁶⁸ X. *Mem.* IV, 2, 33.

¹⁶⁹ Ctes. *Pers.* F13.10, F14.43.

importantes personajes de la administración, que veremos en el siguiente párrafo. Flavio Josefo¹⁷⁰ al referirse a los traslados de judíos realizados en tiempos de Artajerjes III usa este mismo término, quizá ya recogido en Hecateo de Abdera, al que está parafraseando. Por último, Arriano¹⁷¹ usa el término para designar al grupo de carios que lucharon en el ejército persa contra Alejandro.

Este último empleo que hace Arriano del término para designar a un grupo de personas no es exclusivo del autor de Nicomedia. De hecho, Heródoto denomina ἀνάσπαστοι a unos contingentes de desterrados a las islas del mar Eritreo, que conformaban una división propia en el ejército¹⁷². No es el único caso en que aparece el Golfo Pérsico como destino de exilio. Ctesias usa la palabra ἀνασπαστός para designar un proceso que afectó a personajes destacados en la administración persa en tiempos de Artajerjes I¹⁷³. Nos cuenta la historia de Megabizo, exiliado a Cirta por Artajerjes I tras un incidente durante una cacería. Además, vemos que el eunuco Artoxares fue enviado a Armenia en ese mismo episodio. Este episodio es análogo a otro presentado por Estrabón¹⁷⁴. En ese pasaje nos habla de Mitropastes, que fue enviado a la isla de Ortigis por Darío III. En ambos casos, tras cierto tiempo, serían perdonados y recuperarían la plena confianza de los monarcas —aunque en el caso de Mitropastes no habrá tiempo para esta restauración al morir Darío—. También se nos indica que no se les hizo ningún otro mal, siguiendo los pasos establecidos por los casos vistos en Heródoto con Darío. Ortigis y Cirta serían establecimientos persas en el Golfo Pérsico. Ese lugar periférico del Imperio Aqueménida fue un lugar de destierro habitual y parece que se practicó este castigo con cierta profusión¹⁷⁵. Por lo visto, el proceso era más bien el de un destierro temporal y revocable por el arbitrio real, afectando a individuos y no a poblaciones enteras. Normalmente, se aplicaría a personajes destacados de la administración aqueménida. Las islas del Golfo Pérsico no serían los únicos lugares

¹⁷⁰ J. Ap. I, 194.

¹⁷¹ Arr. An. III, 8, 5; 11, 5.

¹⁷² Hdt. III.93; VII, 80.

¹⁷³ Ctes. Pers. F14.43.

¹⁷⁴ Str. XVI, 3, 5.

¹⁷⁵ Sobre el Golfo Pérsico en período aqueménida: J.F. Salles, “Les Achéménides dans le Golfe arabo-persique”, en H. Sancisi-Weerdenburg y A. Kuhrt (eds.), *Achaemenid history IV: Centre and periphery. Proceedings of the Groningen 1986 Achaemenid History Workshop*, Leiden 1990, 111-130.

donde se confinaría a estos elementos molestos. Según Claudio Eliano¹⁷⁶, Darío desterró a varios nobles implicados en una conjura contra él a la India y Escitia. Indica además que, ante la muestra de gracia del rey, éstos guardaron fidelidad en su confinamiento. Con un sentido similar encontramos un pasaje de Flavio Josefo referido al traslado de Aristóbulo II a Roma¹⁷⁷.

Por lo tanto, este destierro se podría definir como el traslado de alguien incómodo para la autoridad lejos de su campo de acción, con el objetivo de desactivar su posible efecto nocivo para los intereses del poder. Algunos episodios presentados en este artículo presentan similitudes con todos estos casos anteriores: los traslados de Creso, Psaménito III, Histieo y Metíoco. En las cuatro ocasiones los monarcas aqueménidas estaban apartando de sus centros de poder a los personajes preminentes dentro de sus comunidades¹⁷⁸. Esa medida, primeramente, minimizaba el riesgo de que estas figuras carismáticas pudieran encabezar una sublevación en contra del dominador persa¹⁷⁹. Además, era un movimiento inteligente no ejecutarlas —siempre que no hubiera motivos posteriores para ello—. Mientras los legítimos amos del poder siguieran con vida, también se limitaban las posibilidades que otra persona se proclamara legítima sucesora y pudiese ejercer de elemento cohesionador para una revuelta¹⁸⁰. Un rey o tirano muerto también podía ser elevado a la categoría de lo que nosotros llamaríamos un “mártir” y servir de la misma manera como pretexto para una defección. Así pues, la opción escogida era darles una posición bien asentada, de cierta importancia y cercana al Gran

¹⁷⁶ Ael. *VH.* VI, 14.

¹⁷⁷ J. *AJ.* XIV, 142.

¹⁷⁸ Metíoco, en el fondo, estaría actuando como sucedáneo de su padre Milcíades, el verdadero tirano de la región.

¹⁷⁹ Aunque no conjuraba el riesgo totalmente, como se puede ver tanto en el caso del faraón egipcio como en el del tirano de Mileto, sí que dificultaba el proceso.

¹⁸⁰ En Behistún, algunos de los monarcas que protagonizan alzamientos contra Darío esgrimen su vínculo con las dinastías locales pretéritas. En Babilonia, Nidintu-Bel proclamaba ser Nabucodonosor, hijo de Nabónido (DB 16). Misma identidad que la que posteriormente se adjudicó Arakha (DB 49) En Media, Fraortes decía ser Khshathrita, de la familia de Ciaxares (DB 24). La filiación con Ciaxares también fue esgrimida por el sagartio Tritantecmes (DB 33). En Persia, Vahyazdâta se mostraba como Esmerdis, el hijo de Ciro (DB 40).

Las ejecuciones de Cambises en Egipto podrían tener como objetivo eliminar posibles candidatos dentro de la familia real, más que por crueldad o revanchismo como se nos quiere hacer pensar.

Rey¹⁸¹ —básicamente como consejeros¹⁸²—, o quizás algún otro cargo dentro del imperio, aunque alejado de su patria. Es una posición análoga a la que habrían ocupado bajo Ciro el medo Astiages¹⁸³ y el babilonio Nabónido¹⁸⁴. No sólo serían interesantes por sus dotes de mando o habilidades gestoras, sino que podían servir como rehenes políticos, siendo todavía más un elemento de disuasión ante posibles proyectos sediciosos en sus anteriores dominios. La estrecha relación de dependencia que se generaba entre los depuestos gobernantes y el monarca persa hacía que, en el supuesto que estallasen problemas en su país, pudieran ser enviados como mediadores en favor de los intereses imperiales, que ya se habían convertido en los suyos. Esta política tendría como consecuencia una adhesión más rápida y fuerte respecto a la figura del Gran Rey. Por tanto, mayoritariamente podían ser enviados a sus tierras de origen como agentes reales con bastante seguridad que no traicionarían la confianza depositada en ellos. Por ello, no ha de resultarnos extraño que Darío mandara en primera instancia a Histieo a sofocar la Revuelta Jónica¹⁸⁵. Pero no serían vistos exclusivamente como mediadores en los lugares de donde eran oriundos, sino que eventualmente podían recuperar el gobierno, siempre bajo la autoridad persa. Para el faraón Psaménito se conjetura con esa posibilidad, truncada por su intento de traición. Estos personajes destacados servían también como una amenaza latente para los gobernadores que el Estado Aqueménida hubiera dejado allí al mando. El Gran Rey contaba así con un replazo inmediato y, a priori, bien visto por sus antiguos súbditos. Tener bajo su dependencia diferentes figuras que pudieran ocupar un mismo cargo en una región, le dotaba de una gran libertad de movimientos para asegurar que las cosas transcurrieran de la forma que a él le interesaban. Quizás de esta manera

¹⁸¹ Por todo ello, cuando se nos relata la traición del faraón Psaménito el tono denota una cierta sorpresa por su actuación, además de una reprensión por una ambición desmedida cuando se encontraba en una situación tan cómoda como la que le brindaba Cambises.

¹⁸² Cresos asesoró tanto a Ciro (Hdt. I, 88-89, 207), como a su hijo Cambises (Hdt. III, 14, 11, 34-36).

¹⁸³ Hdt. I, 130, 3 lo convierte en acompañante del rey Ciro; Ctes. *Pers.* F9a dice que fue encomendado con el mando de los bactrianos; Iust. I. 6, 16 que lo colocaron al cargo de Hircania. Reconvertido en Ciaxares, X. *Cyr.* VIII, 5, 17 dice que fue confinado a Babilonia en una casa y residencia oficial.

¹⁸⁴ Según Beroso, *FGrHist* 680 F9a fue enviado a Carmania.

¹⁸⁵ Hdt. V. 106; P. Tozzi, “Erodoto V, 106: nota preliminare sulla insurrezione ionica”, *Athenaeum* 53, 1975, 136-143. En el artículo se recalca la adecuación de los argumentos que Heródoto pone en boca de Histieo con la ideología y la política imperial aqueménida.

podamos comprender mejor el confuso relato de Diodoro sobre la chipriota ciudad de Salamina con Artajerjes III¹⁸⁶. Evágoras fue enviado en un primer momento para ganarse el favor de los salamineos y, de paso, recuperar el trono, entonces de Pnitágoras. Tras conseguir la rendición de la ciudad y que Artajerjes sumase a sus relaciones clientelares a Pnitágoras, Evágoras fue consignado a otro puesto —no queda claro si tras ostentar un tiempo el poder en Salamina—. El reemplazo no fue otro que Pnitágoras, que más tarde entregaría a su predecesor tras cometer alguna falta, supuestamente en su nuevo cometido. Por lo tanto, el traslado de los reyes y tiranos no debe ser entendido como un retiro dorado, sin cargas. Era importante granjearse el favor del Gran Rey y estar a su entera disposición por si llegado el caso tuvieran que cumplir rápidamente con un mandato en su beneficio. Usando términos futbolísticos se asemejaría a estar calentando en la banda. Algo similar es lo que parece deducirse de la actuación del mismo Artajerjes en Egipto. Si bien, como ya hemos visto, el faraón Nectanebo II huyó hacia el sur¹⁸⁷, su hijo mayor y, por lo tanto, el heredero al trono fue llevado a la Corte real aqueménida, junto a algún otro personaje egipcio destacado¹⁸⁸. Con la conquista macedonia, pudo volver a su tierra natal. Seguramente, a la vera del monarca persa, estaba en espera de poder restaurarlo en su anterior posición si la situación lo hiciera necesario. Un mandatario local, debidamente domesticado por el Gran Rey, podía ser muy útil en caso de problemas. Mientras tanto, había colocado a cargo del país a un sátrapa persa. La diferencia con lo sucedido en Sidón es flagrante, donde ya hemos visto el celo con el que elimina cualquier posible aspirante al trono.

¿Pero esta situación es análoga a la que mantendrían las comunidades deportadas? En la primera de las categorías aquí presentadas —barceos, peonios, milesios y eretrios—, sí. Las deportaciones serían la adaptación de este mismo proceso aplicado a reyes y tiranos a sistemas políticos no unipersonales. En Barca cabe pensar que se implementó un modelo democrático tras el asesinato de los reyes Alacir

¹⁸⁶ D.S. XVI, 46, 1-3.

¹⁸⁷ Esta desaparición fue la que dio pábilo, posteriormente, a la ficticia paternidad de Alejandro Magno en la obra de Pseudo-Calístenes: *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* y sus derivados.

¹⁸⁸ G. Gorre, “A religious continuity between the dynastic and Ptolemaic Periods? Self-representation and identity of Egyptian priests in the Ptolemaic Period (332-30 BCE)”, en E. Stavrianopoulou (ed.), *Shifting Social Imaginaries in the Hellenistic Period: Narrations, Practices, and Images*, Leiden 2013, 102.

y Arcesilao¹⁸⁹. En Peonia no existía por aquel entonces ninguna institución que rigiera sobre todas las tribus. Cada una de ellas trataba sus propios asuntos y, los que pudieran competir a varias, seguramente se resolvían comunalmente. Mileto¹⁹⁰ y Eretria¹⁹¹ se gobernaban en aquellos momentos también por sistemas democráticos. De esta manera, cuando al rendirse ante los persas, éstos querían aplicar su modelo de alejamiento del poder debían ampliar el número de movilizados. El objetivo principal sería el mismo: consolidar la estabilidad de ese territorio. En todos los casos hemos visto ya que existían facciones internas pro-persas, que fueron las que asumieron el poder tras la conquista. Consolidar a los nuevos gobiernos pasaba por evitar que cualquier otro bando pudiera ejercer de contrapeso¹⁹². Si la toma de la ciudad hubiese sido al asalto y no tras una capitulación pactada, el método hubiera sido pasar por el cuchillo a los opositores. Pero la rendición hacía que esa medida no pudiera ser aplicada y se pasara a la alternativa del traslado de estos posibles elementos de distorsión. En ambos casos —rendición o asalto— era importante asegurarse que el objetivo de conjurar cualquier posible foco de disensión en el futuro. Ahí es donde se entiende mucho mejor cómo se deben entender las redadas¹⁹³. Las batidas tienen un valor más cualitativo que no cuantitativo. Se buscaría a ciertos personajes, quizás siguiendo las indicaciones de la facción interna proclive a los persas. El episodio de Barca es muy ilustrativo al respecto. Feretima fue la encargada de seleccionar a los ciudadanos barceos que los persas debían llevarse con ellos y a quiénes se podía confiar el gobierno de la ciudad. En Mileto y Eretria debería ocurrir algo similar donde el bando colaboracionista ayudaría a los oficiales aqueménidas en la logística y selección de los destinados para el traslado. En Peonia, con un sistema tribal, las cosas podrían haber ido algo diferentes. Las figuras de los dos hermanos tiranos sugieren que debería haber un cambio de modelo político y social. El poder de cada tribu sería menoscabado en favor de estas nuevas figuras. Por lo tanto, unos buenos candidatos para ser deportados serían los líderes de cada una de estas tribus, que podían agitar a los suyos en contra de la nueva situación. Pero estos dos hermanos peonios también pertenecerían a una determinada tribu local. Por ello, no deberían ser ajenos a las afinidades y friccio-

¹⁸⁹ Hdt. IV, 167, 2, 200, 1. Los ciudadanos de Barca asumieron la responsabilidad de las muertes comunitariamente, sin que surgiera una figura protagonista.

¹⁹⁰ Hdt. V, 37, 2-38, 2.

¹⁹¹ K.G. Walker, 2004. *Archaic Eretria*, cit., 228-259.

¹⁹² Cf. Oded, *Mass Deportations*, cit., p. 44.

¹⁹³ De hecho, en Eretria tenemos uno de los testimonios acerca de esta práctica.

nes que pudieran existir entre las diferentes tribus, especialmente con la suya. La filiación tribal de estos nuevos gobernadores pro-persas podría despertar recelos en el seno de aquellos grupos que pudieran tener algún tipo de disensión con la de ellos. Pensando que podrían salir más perjudicados que los demás en el nuevo panorama político, estas tribus podrían ser más proclives a desembarazarse de ellos. Por lo tanto, la segunda posibilidad es que el criterio para la movilización fuera el tribal, es decir, se alejaría de su país a aquellos grupos que, bajo la opinión de los hermanos, pudieran rehusar su dominio. En la misma línea, y combinándolo con la primera alternativa, la tercera vía sería pensar que el proceso afectó a los líderes de unas determinadas tribus y no a todos. Sea de una manera u otra, los datos de Heródoto ya hemos visto que nos mostraban que los persas no se llevaron a todas las tribus, ya que algunas permanecieron en su territorio.

Estos traslados de grupos influyentes en sus comunidades de origen sólo se podían dar tras una rendición. En caso de una derrota militar sin claudicación previa ya hemos visto que el destino para los principales líderes enemigos era la muerte. Así pues, las deportaciones de este tipo simplemente no podían ocurrir si los contingentes que eran el objeto de traslado ya no existían. Los casos del egipcio Psaménito y el sidonio Tenes ya indican el celo con el que se buscó eliminar cualquier personaje de sangre real que pudiera vindicar un derecho al trono.

La adaptación del sistema no se limitaría exclusivamente al proceso de elección. El destino final de esas personas no podía ser el mismo que en el caso de los reyes y tiranos. Sin duda, no era tan sencillo colocarlos como asesores o en otros cargos. Las descripciones de los cuatro casos coinciden y muestran que vivían en comunidades autónomas, con capacidad suficiente para mantenerse por su cuenta y sin una presencia militar opresora. Y de la misma manera que los grandes personajes, se encontrarían bajo la protección directa del monarca aqueménida. Este hecho parece bastante evidente en los eretrios y las tierras que reciben en su nuevo asentamiento. En el relato se nos especifica que son asentados en una hacienda propiedad del rey. En la ordenación imperial persa, toda tierra conquistada quedaba bajo jurisdicción real. Pero la propiedad solía continuar en manos de sus anteriores amos. Pese a ello, el monarca tenía libertad para cambiar esta situación y redistribuir la tierra para otorgar concesiones a gente cercana a él o a nuevos colonos. Normalmente, estos cambios se producirían a causa de alguna defección o rebelión afectando a los individuos o comunidades que podrían perder

así sus anteriores posesiones¹⁹⁴. Por otra parte, gracias al *Económico* de Pseudo-Aristóteles, conocemos otra categoría de tierra¹⁹⁵. La palabra *ταγῆ* parece designar tierras que están directamente bajo administración real¹⁹⁶. Estaba concedida a los sátrapas, pero el beneficiario era el rey y servía para cubrir las necesidades de la familia real. Además, la tributación de estas tierras iría a parar directamente a las arcas reales. Su presencia a lo largo del imperio parece indicar que lo que obtendría el monarca sería superior a lo necesitado para la subsistencia y también se beneficiaría de las ganancias generadas por este superproducto¹⁹⁷. Dentro de estas tierras reales, se incluirían también las de otros miembros de su familia, entre las que destacan en las fuentes las reinas y princesas¹⁹⁸. De esta manera, siguiendo la interpretación de Briant, una traducción del término *ταγῆ* bastante ajustada sería “tierras de la corona”¹⁹⁹. Seguramente, en las tablillas babilonias se trate de los términos del acadio *uzbarra* —tierra real²⁰⁰— y *zitti šarri*: —la porción del rey²⁰¹—. Las posesiones reales no se limitarían a los campos, sino que también incluirían otros recursos potencialmente explotables, como bosques o ganado²⁰². Quizás dentro de este último contexto es posible enmarcar al pastor licio encontrado por Alejandro, trasladado cerca de Persépolis tras ser capturado por los persas en su tierra natal²⁰³. Estaría al cargo de uno de los rebaños reales, en una condición parecida a la de los otros casos expuestos. Volviendo a nuestros traslados de población, más allá de los eretrios no es posible afirmar con seguridad que los demás deportados recibieran este tipo de tierras. No obstante, parece plausible pensar que se siguió de principio a fin una misma línea de actuación, incluyendo los territorios asignados. Que las tierras fueran reales serviría para enfatizar la relación de dependencia y protección entre las comunidades trasladadas y el Gran Rey.

La autonomía de las comunidades parece casi segura. Como decíamos, parece que no habría elementos de coerción militar directa en la zona —o al menos

¹⁹⁴ Briant, *From Cyrus*, cit., 419.

¹⁹⁵ Arist. *Oec.* II, 1, 3.

¹⁹⁶ Briant, *From Cyrus*, cit., 415-421.

¹⁹⁷ Hdt. I, 192, 1; II, 149, 5; III, 91, 2.

¹⁹⁸ Hdt. II, 98, Ath. I, 33f.

¹⁹⁹ Briant *From Cyrus*, cit., 420.

²⁰⁰ J.A. Black, A.R. George y J.N. Postgate, s.v. *Uzbarra*, en CDA 2000.

²⁰¹ J.A. Black, A.R. George y J.N. Postgate, s.v. *zittu(m)*, *šarru(m)* en CDA 2000.

²⁰² Hdt. I, 192, 3-4, Plb. X, 27, 1, Str. XI, 13, 7-8, Arr. *An.* VII, 13, 1.

²⁰³ D.S. XVII, 68, 4-6, Curt. V, 4, 3-4, 10-11, Plut. *Alex.* 37, 1-2, Polyæn. IV, 3, 27.

exclusivamente destinados a la vigilancia de estas comunidades reasentadas—. La lejanía respecto a sus países de origen —o la difícil logística para el traslado de los peonios²⁰⁴— sería una medida disuasoria de cualquier intento de volver. En los datos que tenemos sobre la situación de los peonios trasladados a Frigia, la situación indica que no habría ningún elemento de coerción directa sobre el territorio que les obligase a vivir confinados allí. Debemos pensar que dicha presión se ejercería a cierta distancia y de manera algo laxa, pero suficiente para evitar su marcha. Sólo cuando Jonia se levantó contra el dominio persa fueron convencidos por Aristágoras para que una parte de ellos emprendiera el camino de vuelta a Peonia. La prueba de este control a distancia queda evidenciada por el hecho que en su persecución fueron unos caballeros persas que no llegaron a ellos hasta que los peonios se encontraban ya en la isla de Quíos, fuera ya de su alcance, al otro lado del mar. La cierta relajación en las medidas de seguridad también se deduce en las islas del Mar Eritreo. En Cirta, Megabizo pudo huir con una sencilla treta. Así pues, que los trasladados se mantuvieran en ese lugar se confiaba más en las dificultades que implicarían un intento de huida que no por una estricta vigilancia activa²⁰⁵. Sin una acuciante presión externa, las comunidades se habrían organizado bajo un modelo propio —siempre y cuando no entrara en conflicto con la política imperial—. A modo de ejemplo, en documentos de Babilonia, se nos muestra la existencia de una asamblea de ancianos egipcios²⁰⁶. Así pues, si en un centro urbano de esta magnitud y con una importante presencia de cargos estatales, las comunidades extranjeras tenían libertad para regir en sus asuntos propios, cabe esperar lo mismo en las aldeas aisladas que constituían los nuevos pobladores. Además, Heródoto dice que los eretrios aún en sus días conservaban su lengua. Así pues, cabe pensar que estos pueblos, incluso a miles de kilómetros de su hogar, se rigieron siguiendo sus usos y manteniendo sus tradiciones. Es lo que se desprende también de los textos referentes a los judíos deportados por Artajerjes III²⁰⁷. Las noticias de estos judíos mencionan que los de Hircania aún seguirían

²⁰⁴ Su retorno en la época de la Revuelta Jónica implicó los esfuerzos de diversas ciudades (Hdt. V, 98, 4).

²⁰⁵ Ctes. *Pers.* F14.43.

²⁰⁶ J.N. Strassmaier, *Inschriften von Cambyses, König von Babylon (529-521 v. Chr.)*, Leipzig 1890, 85. No es la única mención a los egipcios en los documentos de época persa. Como ejemplo de su profusión a lo largo del imperio: Henkelman y Stolper, “Ethnic identity” cit, 274, donde se pueden comparar respecto a otros pueblos.

²⁰⁷ J. Ap. I, 194, Hieron. *Chron.* 1658, Solin. XXXV, 4, Eus. *Chron.* II, 112-113, Oros.

asentados en la zona, lo que reafirma la posibilidad de que estemos ante un movimiento como los de Darío I.

La equivalencia entre las deportaciones personales y colectivas también es palpable un poco antes de esta asignación de tierras. Los movilizados eran trasladados a presencia real, donde eran perdonados y se les otorgaba su nuevo lugar de residencia. Para la comparativa, resultan especialmente interesantes los casos de Metioco, los milesios y los eretrios. Heródoto utiliza la misma expresión para expresar la inexistencia de represalias en los tres casos: *κακὸν οὐδὲν*. Además su caso diverge ligeramente con los casos de los otros autócratas. En vez de ocupar un cargo de confianza con Darío, a él el monarca le asignó una casa, haciendas y una esposa persa²⁰⁸. Vistas todas estas evidencias, se debe concluir que las deportaciones tenían como objetivo deshacerse de grupos que pudieran convertirse en elementos de inestabilidad y, de esta manera, permitir que los nuevos poderes se asentaran más fácilmente y con mayor fuerza. Este efecto se conseguía tanto por desalojar físicamente estas facciones como por su posible uso como rehenes políticos y ejemplo para evitar que personas afines a ellas pudieran obstaculizar las nuevas políticas. Evidentemente el valor como rehén político serviría durante esa generación o máximo la siguiente. Pero por aquel entonces aquellos que los habían substituido habrían ya asentado su poder. Pese a perder el factor emocional, el recuerdo de los deportados trascendería los años y se convertiría en una amenaza latente que pendería sobre cualquiera que pudiera albergar planes de rebelión contra el Imperio Aqueménida²⁰⁹. Así pues, pese a que hay una cierta rebaja en sus condiciones, no sería adecuado hablar de una verdadera esclavización en estos casos²¹⁰.

Este último factor también podría ser vigente para definir el impacto que causarían el segundo grupo de movilizaciones forzosas, como las jóvenes de Jonia y

Hist. III, 7, 6, *Georg. Sync.* I, 486, 16 D.

²⁰⁸ Hdt. VI. 41.3. Esta diferencia no sabemos si se debe a que el tirano no era él, sino su padre. También podría ser que fuese una elección personal respetada por Darío.

²⁰⁹ Esa fijación en el recuerdo colectivo queda ejemplarizado con los eretrios. Existen un par de poemas de la *Antología Palatina*, tradicionalmente atribuidos a Platón: AP. VII, 256, 259. Además, contamos con el *Apolonio de Tiana* de Filóstrato ya en nuestra era.

²¹⁰ R. van der Spek, "Cyrus the Great, Exiles, and Foreign Gods: A Comparison of Assyrian and Persian Policies on Subject Nations", en M. Kozuh, W.F.M. Henkelman, C.E. Jones y C. Woods. *Extraction y Control: Studies in honor of Matthew W. Stolper*, Chicago 2014, 258.

Sidón. Pese a ello, cabe entender que en su esclavización y traslado pesaría más su carácter de botín que no por su aspecto político. El papel político activo que pudiera desempeñar una muchacha por aquel entonces era nulo. Su único posible impacto directo a este nivel podría ser como rehenes políticos para coaccionar a sus conciudadanos supervivientes²¹¹. Pero la medida generaba otra situación que no sabemos si era buscada por los persas o es puramente consubstancial. En las islas y ciudades jonias, la deportación de las doncellas estuvo acompañada por la castración de los chicos. Conjugando las dos acciones se puede ver que, de esta manera, se estaba comprometiendo la prosperidad de la comunidad en el futuro. Para mantenerse, la ciudad debería recurrir a la concertación de matrimonios exteriores —rompiendo con una posible endogamia cívica—, además de generar vacíos que pudieran ser aprovechados por recién llegados. Con todo ello se redibujarían las relaciones sociales preexistentes, socavando las clientelas que pudiera haber con anterioridad y generar de nuevas. En cierto modo, este aspecto recuerda al de las repoblaciones también practicadas por los persas en algunas de las conquistas. Las constatamos en Samos, Babilonia, Mileto y Olinto²¹². En estos casos, vemos que la iniciativa parte de los vencedores aqueménidas. En algunos casos estos establecimientos podrían servir para premiar a ciudades que se habían mantenido leales al Gran Rey, agrandando la relación entre él y estos fieles súbditos. Pero también es viable pensar que estos procesos pudieran iniciarse sin ese impulso estatal, simplemente por aprovechar las oportunidades generadas o como respuestas de las comunidades afectadas a esos problemas. En tres de los cuatro episodios —Babilonia, Mileto y Olinto— de repoblación se nos menciona el lugar de origen de estos nuevos habitantes, que siempre se encontraban a una distancia relativamente corta²¹³. Esta cercanía, por lo tanto, sirve para descartar que estos sean otros casos de deportación a larga distancia: son traslados regionales. En el caso samio desconocemos el origen de los repobladores²¹⁴. A nivel económico la instalación de estos nuevos pobladores podría implicar un mayor equilibrio dentro de la región, dando una salida a las comunidades vecinas de estos centros más importantes para que hubiera un reparto de

²¹¹ Hdt. VI, 99. Durante la Primera Guerra Médica, para asegurarse que los habitantes de las Islas Cícladas no se sublevaran a sus espaldas, los persas tomaron como rehenes a jóvenes locales.

²¹² Samos: Hdt. III, 149. Babilonia: III, 159, 2. Mileto: VI, 19, 3. Olinto: VIII, 127.

²¹³ En el caso de Babilonia con la vaguedad del término “vecino” (περίουκος) empleado por Heródoto. En Mileto, los asentados eran carios y en Olinto, otros calcídicos.

²¹⁴ Cf. n. 101.

tierras y recursos más beneficioso. Además, serviría, en parte, para compensar los esfuerzos adicionales que estos territorios leales habían tenido que soportar a causa del mantenimiento de los ejércitos aqueménidas durante las campañas y asedios para conseguir rendir o derrotar a esos centros que no se habían mostrado fieles al rey. Complementariamente, estas aportaciones de nueva mano de obra servirían para reactivar la economía tras la desaceleración provocada por los avatares de la guerra en las ciudades conquistadas y compensando las bajas sufridas. Esta voluntad de relanzar las economías de los vencidos también explicaría que seleccionaran como objetivo del traslado forzoso a las muchachas que, desde un punto de vista de un sistema predominantemente agrario, causarían un impacto muy limitado. Por lo tanto, a nivel local, la afectación tendría más un matiz emocional y de advertencia que no que causara un perjuicio inmediato. Los efectos más significativos a este nivel se producirían un tiempo después, con el relevo generacional, aunque en parte mitigado por las aportaciones exteriores.

Aun teniendo en cuenta estas consecuencias estructurales, parece más probable que el valor principal de estos traslados fuera el provecho dentro de los centros de poder aqueménida. El hecho que su deportación se produzca bajo órdenes oficiales y no bajo la voluntad arbitraria de la soldadesca se evidencia por su destino final (conocido) en centros administrativos reales. Allí esas muchachas servirían con mucha probabilidad como sirvientas o concubinas. Podrían tener también un uso como presentes del rey a personajes de su corte o a mandatarios regionales. La movilización de población al largo del territorio imperial siguiendo los preceptos y necesidades estipulados por el poder central ya hemos vistos que queda claramente atestiguado en los documentos conservados que refieren a figuras como los *kurtaš*. El traslado de personal especializado también hemos visto que salía a relucir en relación a los artesanos egipcios de Cambises y los artesanos griegos de Persépolis con los que se encontró Alejandro. Si bien de los primeros se nos dice que fueron movidos junto a su faraón, cabría separar ambos procesos. El objetivo de llevarse al soberano egipcio ya se ha visto que respondía a intereses muy distintos. En este caso hay una clara selección de las personas trasladadas por sus aptitudes como artesanos. No se trasladó a una población para destinarla a labores agrícolas, sino que se eligió a unos profesionales para desarrollar una tarea específica. Así pues, seguramente, no se les concedió unas tierras para su subsistencia —confirmado con los helenos—. Su sustento provendría de su trabajo como artesanos, aunque no podemos saber si lo hacían bajo a cuenta propia —con participación esporádica en proyectos oficiales— o sustentados exclusivamente

por el Estado, que monopolizaría esta mano de obra. Desde el punto de vista de la creación de relaciones de dependencia, es más viable pensar en una exclusividad estatal, ya que cortarías las alas a un progreso privado y su subsistencia dependería totalmente del poder central. Pero además causaría un perjuicio a sus regiones de origen. La monopolización de estos artesanos desde la autoridad estatal generaría que la economía de estas regiones se viera lastrada y afianzaría la dependencia respecto a las esferas oficiales. El control y la distribución de los productos manufacturados podrían generar sustanciosos beneficios económicos al erario público.

Las conclusiones que hay que extraer de todo ello es que tenemos dos tipos distintos de deportación, con dos objetos de traslado —aunque condicionado por las circunstancias de su caída en manos persas—. En el primero de ellos pesaría más el factor político y de estabilización de la región. En el segundo, pese a tener también efectos más sutiles en cuanto a la sujeción de esas tierras al Estado, cabría pensar en una mayor influencia de los factores económicos, por su inclusión posterior en los flujos de relaciones, comercio y trabajo dentro del Imperio Aqueménida. El caso de los especialistas hallados en Persépolis señala que este tipo de movilizaciones podrían producirse independientemente de un contexto bélico. Aun así, sería aventurarse demasiado en querer etiquetar a estos trabajadores griegos como *kurtas*. Podría ser que fueran esclavos ya en su lugar de origen y que su llegada a la capital persa se debiera más a la voluntad de sus amos de venderlos que no a un traslado específicamente impuesto por algún soberano aqueménida.

En los casos anteriormente postulados como posibles deportaciones, Bizancio, Calcedonia, Antandro, Lamponio, Imbros y Naxos cabría situarlas en la primera categoría por las circunstancias de su caída y el resto de actuaciones que sufrieron tras la claudicación. Con menos seguridad, por la parquedad de datos, estaría también Priene²¹⁵. En cambio, en el segundo tipo de movilización parece que se podrían encontrar la de Samos (con Carilao) y, quizás, los tebanos capturados en las Termópilas por los hombres de Jerjes I.

9. Reexaminando a los Bránquidas

El caso de los Bránquidas parece revestir de algunas contradicciones respecto a los demás. Por ello su aparición como ejemplo a lo largo del artículo ha sido muy menor. Vistas las características de las deportaciones, ahora sería el momento

²¹⁵ La atribución, básicamente, es por los criterios lingüísticos antes expuestos.

oportuno para tratar brevemente este caso y ver si puede encajar en los procesos aquí descritos o bien, se mueve en parámetros totalmente distintos. Recapitulemos. El santuario y el oráculo de Dídima fueron incendiados y saqueados en el 494²¹⁶. Hay evidencias arqueológicas del expolio²¹⁷. Más tarde, en la campaña de Jerjes, el recinto sagrado volvió a ser saqueado y fue entonces cuando ese monarca persa habría trasladado a los Bránquidas a Bactria o Sogdiana, donde Alejandro halló a sus descendientes²¹⁸. Mientras tanto, este oráculo desapareció totalmente de la historia durante ciento sesenta años²¹⁹.

Las fuentes, por lo tanto, parecen hablar de un doble saqueo al santuario. Pero la tradición que lo atribuye a Jerjes parece que se originó más tardíamente. Fontenrose y Parke consideran que la acusación sobre Jerjes habría sido una invención de un historiador de Alejandro, probablemente Calístenes²²⁰. Serviría para poder enmarcar la destrucción de los Bránquidas dentro de su propaganda de venganza por las calamidades que ese monarca persa infligió sobre Grecia durante la Segunda Guerra Médica. Ciertamente, quince años después del primer saqueo, Dídima no podría haber albergado tantas riquezas como antaño. Así pues, más que Jerjes la historiografía considera que el autor de la quema del santuario sería Darío²²¹. Por lo tanto, la deportación de los Bránquidas se habría producido en conjunción con la de los milesios. Pese al vínculo entre la ciudad y el santuario, este último podría haber actuado en numerosas ocasiones de forma independiente a Mileto, aunque las disensiones entre ambas serían contadas. Dado el incendio y el saqueo es de suponer que en la Revuelta Jónica habría secundado la sublevación²²². Previamente, Darío habría guardado una relación especial con Dídima. Por eso, igual sintió como una mayor traición la actuación del santuario y de ahí

²¹⁶ Hdt. VI, 19, 3.

²¹⁷ En Susa se encontró una ofrenda votiva consagrada originaria del santuario: J.E. Fontenrose, *Didyma: Apollo's Oracle, cult, and companions*, Berkeley 1988, 12 n. 17.

²¹⁸ Str. XI, 11, 4, XIV, 1, 5, XVII, 1, 43, Plut. *Mor.* 557b; Curt. VII, 5, 28-35; Suda sv Βραγχίδα; Paus. I, 16, 3.

²¹⁹ Fontenrose, *Dydima*, cit., 14, muestra evidencias de culto en el santuario en ese período de aparente inactividad.

²²⁰ Fontenrose, *Dydima*, cit., 12; Parke, 1985, "The Massacre of the Branchidae", *JHS* 105, 64-68.

²²¹ Fontenrose, *Dydima*, cit., 12-13; Scott, *Historical commentary*, cit., 120-121; A. M. Greaves, *Miletos: a history*. London 2002, 115; Parke, "The Massacre", cit., 61.

²²² Greaves, *Miletos* cit, 123, Parke *l.c.*

su virulenta destrucción²²³. Pero queda por saber qué ocurrió con los Bránquidas. Pese a la comentada independencia, el centro religioso tenía un papel relevante en la vida pública y política de Mileto²²⁴. La intención de las deportaciones era establecer nuevos gobiernos favorables al Gran Rey. Por lo tanto, y dada su influencia sobre el pueblo de Mileto, fue lógico que entre los milesios trasladados figuraran los sacerdotes de Dídima²²⁵. Aunque posteriormente se restableciera la actividad cultural, los Bránquidas ya no ostentarían el cargo. El destino de esta familia sacerdotal, empero, difiere del de los otros milesios. No podemos saber si fue un castigo más severo por su especial traición²²⁶ o si se trató una deportación posterior tras un tiempo en Ampe. Pero puede formularse una teoría que permitiría conjugar las tradiciones sobre Darío, Jerjes y los Bránquidas. Ya se ha planteado que los grupos movilizados podrían ser visto como un remplazo de los gobernantes nombrados. En los prolegómenos de la batalla de Mícala, los persas desconfiaban de los milesios²²⁷. Podría ser que Jerjes hubiera pensado en una eventual sustitución del gobierno de Mileto o en restablecer a los sacerdotes para ejercer una influencia, ahora sí, pro-persa. Los Bránquidas, igual que los tiranos durante la Revuelta Jónica, acompañarían al ejército del Gran Rey. De ahí, podría haber surgido la tradición que los hacía traidores a sus compatriotas, ya que también podrían haber jugado un papel de mediadores y empezar a influir en la vida de Mileto. La defección de los milesios en Mícala habría hecho que los Bránquidas no pudieran asentarse de nuevo en Dídima. Jerjes volvería entonces a movilizarlos, esta vez a Bactria-Sogdiana.

Con todo, reexaminar este episodio ha permitido ver que se movería en los parámetros mostrados por otros traslados forzados aquí vistos, tanto en el supuesto que fuera Darío o como en el de la teoría de una posible doble deportación.

10. Las deportaciones persas y sus precedentes orientales

Tras presentar las características de las deportaciones en el Imperio Aqueménida, hay que preguntarse si su desarrollo es algo totalmente original o si tiene sus raíces

²²³ Parke, “The Massacre”, *cit.*, 61 n.10.

²²⁴ Greaves, *Miletos*, *cit.*, 117-124, Scott, *Historical commentary*, *cit.*, 119.

²²⁵ Fontenrose, *Dydima*, *cit.*, 12. También cree que, si se libraron de la muerte, los sacerdotes fueron trasladados. Él considera que habrían acabado en Ampe, con los demás.

²²⁶ Como defiende Parke, *l.c.*

²²⁷ Hdt. IX. 99.

en los grandes Estados previos, como los Imperios Neo-Asirio y Neo-Babilonio. Más que describir detalladamente como se dan los procesos de traslados masivos en ellos, se trata de señalar las posibles coincidencias y divergencias observables en los aspectos más relevantes de esta práctica. Por esto mismo centramos la confrontación en las dos grandes entidades que preceden a la persa. Seguramente, los procesos tienen paralelos en el Segundo o Tercer Milenio, pero para nuestro propósito, que es ver si las deportaciones persas siguen una tradición previa, debería bastar con esos ejemplos más cercanos temporalmente.

Neo-Asirios

Para establecer la comparación, seguiremos las conclusiones extraídas por Oded en su obra centrada en las deportaciones en ese Imperio²²⁸. Si de entrada hay que remarcar una gran diferencia respecto a los aqueménidas, ésta es la publicidad que recibían estas prácticas en las fuentes oficiales estatales. Esto contrasta con el silencio imperante en los documentos de época persa. Por lo tanto, la cantidad de evidencias que existen para el estudio de los traslados forzados en Asiria es mucho mayor que no el escaso número que tenemos para el Imperio Aqueménida.

Sobre las personas objeto de traslado, en el caso neo-asirio se constatan una mayoría de soldados, pero también es importante la cifra de miembros de familias reales y altos funcionarios. Con unos registros menores se hallan artesanos y, más anecdóticamente, esclavos. Junto a estos hombres, normalmente, también se deportaba a su familia²²⁹. En este aspecto, el sistema recuerda el persa. Aunque hemos dejado fuera los colonos militares, según parece la instalación de contingentes extranjeros sería una práctica común en tiempos del Imperio Aqueménida, si bien no es seguro hasta qué punto el traslado sería voluntario o forzoso²³⁰. Por el resto, también coincide la preeminencia de los deportados de alto nivel, mientras que la mano de obra, especializada o no, aparecería de una manera más puntual y, seguramente, impelida por las circunstancias.

Si nos fijamos en el destino de los movilizados para el Imperio Neo-Asirio, la gran mayoría de ellos eran trasladados a las principales ciudades de Asiria. Sería una medida para incrementar el capital humano del corazón del Imperio, con un consecuente fortalecimiento del centro respecto a la periferia. Si bien las áreas

²²⁸ Oded, *Mass Deportations*, cit.

²²⁹ Oded, *Mass Deportations*, cit., 22-25.

²³⁰ Tuplin, "Xenophon", cit.

desde donde se transportaba a esa gente recibían deportados de otras regiones, la balanza siempre era desfavorable para ellas²³¹. Dentro del sistema neo-asirio había un segundo mecanismo que correspondería a un intercambio de poblaciones. El cambio siempre se realizaba entre zonas recientemente capturadas y otras tomadas con anterioridad y que ya habían sufrido una deportación²³². Por último, había una tercera opción: la disgregación. Los deportados de un determinado lugar eran repartidos entre diferentes sitios, o bien en un mismo asentamiento se reunían personas de origen diverso²³³. Cotejando estas prácticas con las vistas con los persas, vemos que las dos últimas de las modalidades neo-asirias no parecen tener un equivalente claro. La situación exacta del interior del Imperio no es desconocida, ya que las fuentes occidentales apenas nos dan pinceladas al respecto. Conocemos la existencia de diferentes pueblos tanto en los diferentes centros principales como en las guarniciones²³⁴, pero de nuevo nos encontramos ante la dificultad de saber la voluntariedad u obligación de estos cambios de lugar. En cambio, la primera categoría de deportaciones se asemeja a las vistas para los traslados en tiempo de los persas. Exceptuando los peonios, los barceos y los Bránquidas, todos los demás fueron movidos hacia el corazón del Imperio Aqueménida, en centros importantes o relativamente cerca de ellos. Uno de los efectos ya aventurados de los traslados, especialmente en los de manos de obra y artesanos, sería el cierto debilitamiento de los espacios periféricos respecto al nuevo dominador, aumentando la dependencia respecto al poder central. Este hecho queda más subrayado por el hecho de que a la advertida debilidad de las áreas sometidas se le sumaría un consecuente fortalecimiento de los preminentes espacios centrales.

Oded recoge siete supuestos de objetivos para las deportaciones neo-asirias²³⁵:

1. Castigo por rebelión. Podría afectar tanto a reyes como a poblaciones.
2. Liquidación de poderes rivales y debilitamiento de centros de resistencia. Se centraba en cualquiera que pudiera ser un obstáculo para la expansión del poder asirio. Dispersando e intercambiando las poblaciones se disolvería el espíritu nacional, dificultando una revuelta. Si la deportación era más limitada cuantitativamente se solía centrar en la movilización de figuras importantes dentro de la comunidad. Los vacíos se llenaban con aportaciones de pobladores asirios.

²³¹ Oded, *Mass Deportations*, cit., 27-28.

²³² *Ibid.*, 29-30.

²³³ *Ibid.*, 30-32

²³⁴ Henkelman y Stolper, "Ethnic identity", cit.

²³⁵ *Ibid.*, 41-74.

Los dos primeros puntos en las prácticas aqueménidas aparecen juntos. Aun así, el objeto central de las deportaciones centrales más que debilitar el llamado “espíritu nacional” sería desarticular las anteriores redes de dependencia con tal de asentar sus propios patrones. En parte, esto se debe a un carácter más limitado de los contingentes trasladados, dando prioridad a los elementos políticamente relevantes en la esfera pública local. Intercambios enteros de población, quedan más en la imaginación y la falsa amenaza que no en una acción real²³⁶.

3. Deportación de grupos minoritarios y su tendencia a la lealtad. Al estar aislados y ser vistos con hostilidad por los indígenas al ser considerados como intrusos, los trasladados se aferrarían a la figura del rey. Se convertirían en “agentes reales” que advertirían cualquier plan sedicioso entre sus nuevos vecinos. Además, tendrían la misma categoría (élite, artesanos) que los deportados de aquel lugar, conformando un estrato separado con tal de evitar cualquier empatía con los locales. En este sentido, eran ubicados en áreas de especial importancia o de situación delicada. Sin información sobre el interior del Imperio Aqueménida, nos es casi imposible saber si estarían substituyendo a otros grupos deportados o ejecutados por alguna sublevación. La tendencia a la lealtad, por su parte, sería un proceso que podría darse. Tenemos atestiguado este agradecimiento para los grandes personajes expatriados, tanto por su posición acomodada bajo la protección real así como la esperanza de poder volver algún día a su tierra si se exigía un cambio político. Lo mismo es achacable a los contingentes más amplios, ya que queda claro que cualquier anhelo de retorno pasa inextricablemente por una decisión real, dado lo remotos que solían ser sus destinos.
4. Conscripción militar de deportados. La finalidad sería proveer de habitantes asentamientos fortificados que tendrían una función estratégica para el Estado asirio. Las colonias militares y guarniciones, empero, quedan fuera del presente artículo.
5. Deportación de artesanos y trabajadores no cualificados. Normalmente, su labor principal eran las construcciones públicas. En referencia a la situación en época persa, los casos más flagrantes son los de los artesanos egipcios y los griegos de Persépolis. No hace falta reiterar más en la participación de diferentes cuadrillas extranjeras en las grandes construcciones de las capitales aqueménidas, cuya situación jurídica exacta nos resulta desconocida.

²³⁶ Histieo amedrenta a los jonios con un inusitado intercambio entre jonios y fenicios (Hdt, VI, 3).

6. Poblar centros urbanos y lugares estratégicos en Asiria y el territorio imperial. Se profundizaría en la urbanización y se poblarían áreas desiertas, con fundaciones *ex novo* o restaurando centros pretéritos. En algún punto anterior ya señalábamos que una gran mayoría de los deportados por los persas se asentaban en los grandes centros económicos y políticos del corazón del Imperio. Por otro lado, los que no seguían este patrón fueron ubicados en regiones de una especial importancia. Tanto la zona del Helesponto como Bactria se hallaban en los límites de la extensión del Imperio Aqueménida y, por lo tanto, eran lugares cuya defensa era vital, como primer muro ante eventuales ataques exteriores.
7. Repoblar regiones abandonadas o desoladas para hacerlas productivas de nuevo. Generaría estabilidad económica y recursos en la región, además de suponer una fuente de ingresos para el erario. Sin duda, las tierras otorgadas por los reyes persas a los reasentados debían estar en ese momento desocupadas y, en cierta manera, dada la oportunidad, sería una solución sencilla para dar salida a esos terrenos entonces improductivos. Aun así, lo costoso de una operación de traslado a gran escala y distancia, sería una medida sólo tomada aprovechando la ocasión de una eventual conquista. Preferentemente, se buscaría redistribuir ese stock de tierras entre pueblos cercanos al lugar donde había ese sobrante, tal y como se ve con los casos de Babilonia, Samos, Mileto y Olinto. Se reducirían gastos a la vez que sería una acción que premiaría la lealtad al Gran Rey.

Las tierras recibidas por los deportados neo-asirios parecen ser reales o estatales. La posición socio-jurídica de estos grupos variaba según el contexto, aunque los patrones seguidos no diferirían de los aplicados para los no-deportados. No constituían una clase claramente diferenciada. Por otro lado, muchos de los trasladados por su vinculación con el poder en sus tierras de origen servían como oficiales en Asiria y en las provincias. La equivalencia aquí es casi total. Aunque sólo testimoniada con seguridad para el episodio de los eretrios, la concesión de tierra real para el asentamiento de los desplazados sería la norma. También se ha sugerido que la situación sociojurídica de estos grupos no sería, en ningún caso, de especial sumisión, sino que disfrutarían de una cierta autonomía en el interior de sus comunidades. No habría tampoco ninguna fuerza militar especialmente dedicada a la vigilancia de los exiliados que pudiera ser vista como una herramienta de coerción. Los cargos oficiales, tanto en el área central como en el resto del territorio del Gran Rey, se han atestiguado para los casos de aquellos desterrados en solitario, como monarcas o tiranos.

En números, las deportaciones neo-asirias están mucho más atestiguadas, además de involucrar a grupos mucho mayores²³⁷. Las cifras, pese a que en numerosas ocasiones serían exageradas, seguramente sobrepasarían considerablemente las especuladas para los movimientos forzosos durante el dominio persa, al menos en sus efectos sobre el extremo occidental de su territorio, que es del que tenemos más datos.

Neo-Babilonios

Para los movimientos forzosos en tiempos neo-babilonios recurriremos al relato bíblico de las deportaciones judías a Babilonia. Durante el reinado de Joaquim, los babilonios se hicieron con Judá. Pero la primera deportación no llegó hasta que, tres años después, se rebeló contra ellos. Tras un asedio de tres meses, el rey Joaquim y su familia se rindieron y se entregaron a Nabucodonosor. Jerusalén fue saqueada y se trasladó a diez mil personas (siete mil personajes de renombre, mil artesanos y el resto hombres aptos para la guerra). Nabucodonosor entregó el gobierno de la región a Sedequías²³⁸. Un tiempo después, este mismo personaje se volvió contra el poder babilonio y se sublevó. Tras otro cerco prolongado, en vez de capitular, Sedequías y los suyos huyeron. Pero fueron capturados por los soldados enemigos. Nabucodonosor mandó entonces degollar a todos los nobles judíos y a los hijos de Sedequías, mientras que él fue cegado y llevado a Babilonia²³⁹. El conquistador babilonio incendió la ciudad de Jerusalén, incluyendo el Templo, las residencias reales y las de los nobles, además de pasar a cuchillo a parte de los habitantes de la ciudad. Se produjo después una nueva deportación, dejando solamente a los campesinos, tras llevarse a más artesanos y personas de renombre. El relato destaca las capturas del Gran Sacerdote y tres acólitos, al oficial al mando de las tropas, a cinco hombres del servicio personal del rey, al reclutador militar y a sesenta ciudadanos notables, que fueron ejecutados tras llevarlos ante Nabucodonosor²⁴⁰. En Jeremías se llega a contabilizar una tercera deportación, quedando finalmente la cosa así: en el séptimo año de su reinado, Nabucodonosor desterró a tres mil veintitrés judíos; en su decimoctavo año, se llevó a ochocientas treinta y dos personas más, y cinco años después, a setecientos cuarenta y cinco.

²³⁷ *Ibid.*, 19-22.

²³⁸ 2 Reyes 24, 8-17; 2 Crónicas 36, 9-10.

²³⁹ 2 Reyes 24, 20-25, 21; 2 Crónicas 36, 17-21; Jeremías 39, 1-7, 52, 3-30.

²⁴⁰ 2 Reyes 25, 8-21; Jeremías 39, 8-10; 52, 12-27.

La suma total en Jeremías se eleva a los cuatro mil seiscientos trasladados²⁴¹. Tras treinta y siete años de cautiverio Joaquim fue liberado por el nuevo rey babilonio y se convirtió en un colaborador cercano²⁴².

Con el relato, podemos empezar a aventurar algunas líneas que regirían las deportaciones neo-babilonias. La conquista inicial no supone ningún gran cambio en la organización interna en Judá. Más interesante es ver la diferencia en el trato entre la rendición de Joaquim y la resistencia de Sedequías. En el primer caso, la ciudad fue saqueada, pero en ningún caso el daño fue comparable con el sufrido tras la segunda caída con un especial celo en el expolio y en el incendio de los edificios más emblemáticos de Jerusalén. En la toma de época de Joaquim se deportó a los personajes más importantes de la ciudad, así como a artesanos y hombres fuertes. En cambio, tras la segunda revuelta, se produjo una auténtica masacre de ciudadanos, especialmente entre los distintos altos cargos. Sedequías sobrevivió, aunque cegado y prisionero del rey de Babilonia. De nuevo, se llevó con él a varios profesionales a la capital. Por último, es destacable la liberación del antiguo rey Joaquim tras largo tiempo bajo arresto, que se convirtió en un cercano colaborador del nuevo mandamás babilonio.

Todos estos hechos sacan a relucir actuaciones que recuerdan poderosamente a las de los persas. En primer lugar, la distinción entre los dos tipos de victorias. En ambos casos, los castigos infligidos son casi idénticos a los de las tropas aqueménidas. La rendición supone la deportación de la élite, una toma del botín más controlada y la colocación en el poder de alguien que hemos de suponer con tendencias en pro a los intereses de los vencedores. En cambio, la no capitulación acaba comportando la ejecución de las principales figuras locales —si bien el monarca Sedequías escapó a la ejecución—, un saqueo mucho más concienzudo y violento —con incendios y bajas entre la población civil—, además de la deportación de parte de los habitantes, teniendo un especial interés en los trabajadores cualificados. El destino final de éstos últimos es precisamente la capital del Imperio, de la misma manera que los artesanos y trabajadores atestiguados en Persépolis u otros grandes centros aqueménidas. La tercera posible deportación de Jeremías también se asemejaría, precisamente, a éstos últimos, en especial a los griegos hallados por Alejandro, donde su traslado no parece estrechamente vinculado a un episodio bélico en concreto. Por último, aunque bastante diferida

²⁴¹ *Jeremías* 52, 28-30.

²⁴² *2 Reyes* 25, 27-30; *Jeremías* 52, 31-34.

en el tiempo, la posición alcanzada en la corte por el rey judío Joaquim podría ser análoga a la observada en figuras como Creso posteriormente.

Tras comparar las deportaciones persas con las de Neo-Asirios y Neo-Babilonios parece bastante claro que no son algo totalmente original, sino que se enmarca en una tradición oriental que puede remontarse varios siglos. Evidentemente, cada una de estas grandes entidades presentaba sus particularidades al aplicar los movimientos forzosos de población, en gran parte determinados por un cúmulo de circunstancias concretas. Pero vemos que las líneas maestras de los procesos son comunes. La diferencia de trato según el tipo de sometimiento, el desalojo de los poderes anteriores para consolidar el suyo propio y el influjo de mano de obra — por las necesidades determinadas de ésta en los proyectos estatales o para aumentar la dependencia de la periferia respecto al centro— son elementos que aparecen reiterativa en los tres Imperios y con una plasmación muy similar. A primera vista, las deportaciones persas se asemejarían más a las neo-babilonias. Las neo-asirias discrepan especialmente en las cifras y en la gran difusión propagandística de los traslados. Pero, dejando de lado estas excepciones, la semejanza era muy grande. Por ello, con la debida precaución, el estudio de las deportaciones en estos Estados previos podría rellenar los huecos existentes en los datos de los que disponemos para lidiar con las deportaciones realizadas por la monarquía aqueménida.

11. Impacto en las zonas receptoras

Uno de los huecos que indicábamos al final del apartado anterior es saber por qué se elegía en cada caso ese destino en concreto, especialmente en aquellos casos en que se les otorgaba tierras. En las de trabajadores, los destinos vendrían condicionados por su necesidad en aquel momento. En la comparativa de los supuestos de Oded para la época neo-asiria ya se ha ido señalando alguno de estos aspectos, pero sería interesante poder ampliar esos apuntes.

El asentamiento de las comunidades deportadas de la primera clase no se produciría al azar. Uno de los aspectos considerados era la lejanía respecto a la tierra de origen y/o la dificultad del retorno. Como ya se ha visto, este hecho sería clave para mantener el control sobre estos contingentes sin emplear demasiados recursos extras, además de poder generar una relación de mayor dependencia respecto al rey. Las nuevas comunidades son asentadas en lugares muy lejos de su patria, rodeadas de otros pueblos con los que no comparten ni lengua, ni cultura

ni tradiciones. Los deportados, pues, se encuentran en un estado de extremo aislamiento respecto a su entorno²⁴³.

Pese a la importancia de estas indicaciones, es evidente que el factor básico y fundamental para colocar estos grupos sería la disponibilidad de tierras. Sin ellas no sería viable asentar un contingente más o menos numeroso de gente con la finalidad vista. Pero no parece lógico pensar que el Estado persa mantuviese tierras improductivas de manera permanente en espera que se produjera algún proceso de deportación. Cuando se daba anteriormente un resumen de las características de las tierras de la corona, se especificaba que la tierra imperial quedaba bajo jurisdicción real, pero no era enteramente de su propiedad. Aun así, el Gran Rey tenía capacidad de revocar las anteriores relaciones de propiedad y redistribuirlas según su arbitrio. El caso más usual para tales acciones solía ser tras una revuelta. Este hecho puede abrir la posibilidad de que las tierras otorgadas podrían pertenecer a los participantes en estas sublevaciones. Así pues, a nivel territorial, la llegada de estos nuevos contingentes de población podía ser vista como una medida punitiva por su defección. Este hecho puede conducir a la aparición de recelos o fricciones entre grupos, al causarles también un posible perjuicio económico ocupando esas tierras —si bien en aquel momento eran parte de las posesiones reales, podrían haber pertenecido a personas allegadas que hubiesen sido ejecutadas o expatriadas por una rebelión—. Las tensiones causantes de tal proceso se sumarían a las asperezas que podían surgir de por sí entre vecinos de culturas distintas. De esta manera, se incrementaría todavía más el vínculo entre el Gran Rey y los trasplantados, acabando de reafirmar la eficiencia de este modelo de control y prevención de nuevos alzamientos. Por todo ello, una posible solución para entender el motivo de las deportaciones sería estabilizar una zona que se hubiera sublevado en un período relativamente corto de tiempo. Las bajas causadas —ya sea en forma de muertos o de deportados— dejarían vacíos tanto en la organización sociopolítica como económica de esas tierras. Aunque la medida más sencilla sería un traslado regional, como los vistos en las fuentes occidentales —Mileto, Olinto—, la eventual disponibilidad de poblaciones con un origen más lejano permitiría asumir con mayor eficacia esta estabilización y reactivación económica del territorio²⁴⁴.

²⁴³ Este sentimiento se expresa de manera evidente en estos poemas de la *Antología Palatina* atribuidos tradicionalmente a Platón sobre los eretrios: AP. VII. 256, 259.

²⁴⁴ En este punto, coincidiría con el supuesto número 7 de los expuestos por Oded, *Mass deportations*, cit., 67-74.

El supuesto fuerte vínculo que se establecería entre el monarca persa y las comunidades deportadas, al ser su única posible tabla de salvación y garante de un eventual retorno a su patria, tiene un paralelo en el tercer apartado de Oded²⁴⁵. Allí define la función de una manera que recuerda a lo que se denomina, en referencia al imperio persa, en las fuentes griegas como “ojos y oídos del Rey”²⁴⁶, previniendo al Estado de cualquier posible levantamiento en su contra. Según la cuenta de Jenofonte, cualquiera podía ser ojo del Rey y todos debían guardarse de hablar más de la cuenta con cualquiera. Pero parece claro que dentro de una región habría más tendencia a desconfiar de los foráneos que no de los compatriotas. Por lo tanto, la llegada de estos nuevos pobladores podría ser interpretado como que el Gran Rey vigilaba esa región, especialmente si podía haber habido algún conflicto en un plazo breve de tiempo. Este supuesto celo debería provocar una disipación de cualquier intento de repetir la defección. Mirando, siempre que sea posible, la situación previa a la llegada de los deportados quizás podamos constatar si es correcto trasladar este concepto de los traslados neo-asirios al contexto persa.

Los peonios son movilizados hacia Frigia. Por su ubicación, representaba una cabeza de puente vital para las operaciones de Darío en Europa. La necesidad de asegurar esa zona, además de la importancia estratégica, también podría pasar por los hechos sucedidos en los tumultuosos tiempos tras la muerte de Cambises II. Oretes, sátrapa de Lidia, no apoyó a Darío en su lucha por el trono²⁴⁷. De hecho, aprovechó para asesinar a Mitrobates, sátrapa de Dascilio²⁴⁸, y a su hijo Cranaspes, haciéndose con el control de gran parte del oeste de Anatolia —Lidia, Frigia y Jonia²⁴⁹—. También dio muerte a un correo de Darío en esos tiempos y previamente había eliminado a Polícrates de Samos²⁵⁰. El monarca envió a Bageo

²⁴⁵ *Ibid.*, 46-48.

²⁴⁶ En Heródoto (Hdt. I, 114, 2) y Esquiles (Aesch. *Pers.* 980) se deduce que sería un cuerpo de agentes reales distribuidos a lo largo y ancho del Imperio. En cambio, en Jenofonte (X. *Cyr.* VIII, 2, 10-12) la lectura que se debe extraer es que cualquier ciudadano debería ser los ojos y oídos del Rey y reportarle a él cualquier información que le pudiera ser de interés.

²⁴⁷ Hdt. III, 126.

²⁴⁸ Capital de la satrapía helespóntica compuesta por frigios, tracios de Asia, paflagones, mariandinos y sirios capadocios (Hdt. III, 90, 2).

²⁴⁹ Hdt. III, 127, 2.

²⁵⁰ Hdt. III, 120-125.

a Sardes, que consiguió matarlo con una trepa hacia el año 520²⁵¹. Además, hay que sumar las ya comentadas deserciones de las ciudades griegas de la región helaspónica. El tiempo transcurrido entre ambos procesos y la deportación peonia fue muy corto. Con ello existe la posibilidad de que hubiera tierras disponibles recientemente desocupadas y que pudieran albergar a los peonios. Además, le permitía tener un control a las dos bandas del Egeo, en vistas a una posible expansión por la zona más adelante. Todo ello abre una nueva opción a contemplar sobre la redistribución de las tribus peonias tras el sometimiento, además de las ya presentadas previamente. Podríamos pensar que, siendo dos los hermanos a los cuales confía el poder, quizás uno estuviera al cargo de las tribus que permanecieron en Peonia, mientras que el otro lo estuvo sobre las llevadas hacia Frigia.

Por su parte, etrios y milesios fueron ubicados en la área de la Susiana/Elam. Esta zona se había rebelado contra Darío tras el asesinato del mago Gaumata —hacia el 522—, encabezados por un tal Assina, que se proclamó rey. A su vez, Nidintu-Bel en Babilonia también se dotó de la dignidad real —decía ser Nabucodonosor, hijo de Nabónido— y se levantó contra el nuevo monarca persa²⁵². Assina fue capturado y ejecutado por el propio Darío²⁵³, mientras que poco después Nidintu-Bel fue derrotado en el campo de batalla dos veces —en el Tigris y en el Éufrates— y fue capturado y ajusticiado en Babilonia²⁵⁴. Pero los problemas en la región no terminaron entonces, ya que no pasó mucho tiempo hasta que un tal Martiya volvió a levantar Elam contra Darío. Bajo el nombre de Ummanish asumió la corona real. Pero su liderazgo fue efímero porque poco después sus hombres, temiendo las consecuencias de desafiar al Gran Rey persa, lo capturaron y asesinaron²⁵⁵. La inestabilidad continuó en Babilonia, donde se produjo un segundo levantamiento, sobre el que ya hemos hablado. Arakha y los otros líderes de la revuelta fueron ejecutados²⁵⁶. En otoño de 521, los elamitas se rebelaron por tercera vez, en esta ocasión con Atamaita como cabecilla. Para acabar con la rebelión fue enviado Gobrias. El ejército bajo sus órdenes derrotó a las fuerzas elamitas y apresó a Atamaita, que fue ajusticiado por Darío²⁵⁷. Aunque los tras-

²⁵¹ Hdt. III, 128.

²⁵² DB 16.

²⁵³ DB 17.

²⁵⁴ DB 18-20.

²⁵⁵ DB 22-23.

²⁵⁶ DB 49-51.

²⁵⁷ DB 71.

lados suceden treinta años más tarde, el impacto demográfico de las diferentes rebeliones podría haber generado un sobrante de tierras que no pudiera haber sido subsanado aún. Aunque Heródoto nos hable únicamente del traslado de miles de mujeres a Babilonia²⁵⁸, hay que pensar mejor en un traslado de familias de las poblaciones cercanas a la capital de la región. Tras este tumultuoso período, Susa se convertirá en un centro neurálgico del poder aqueménida²⁵⁹. Además, el establecimiento del poder en la zona permitía mitigar en parte el temor de los elamitas de ser una mera satrapía más del vasto Imperio Persa. De esta manera, rebajaba las posibilidades de un nuevo levantamiento contra su gobierno²⁶⁰. La ciudad fue el escenario de numerosas nuevas construcciones para aumentar el brillo de una de las nuevas capitales persas²⁶¹. Así pues, la zona ubicada alrededor de Susa y Babilonia era un territorio con un gran peso específico dentro de la organización imperial, pero su antigua importancia podía conllevar intentos de recuperación de su antiguo esplendor librándose del yugo aqueménida. Así pues, vemos que uno de los propósitos de la política posterior fue asegurar la prosperidad de estos centros, como parte del corazón del Imperio. Pero el fortalecimiento de estas capitales, podría haber supuesto un cierto debilitamiento de las localidades de su alrededor, con estos traslados que se dejan entrever. La ubicación de milesios y eretrios, precisamente, se ubica en la zona aledaña a estos grandes centros. Quizás allí, y a consecuencia de esa búsqueda de consolidar las grandes urbes, se había generado un sobrante de tierra que podría ser ocupado por estos recién llegados. De esta manera, el progreso se expandiría más allá de Babilonia y Susa, irradiando a toda la región.

Los habitantes de Barca, por su parte, fueron confinados en Bactria. Esta satrapía era de una riqueza extraordinaria en cuanto a recursos, ya testimoniada en las fuentes antiguas²⁶². Además, su ubicación geográfica la hacía de una importancia estratégica capital. Era una de los extremos del Imperio y, por lo tanto, tenía como función mantener a raya a los pueblos nómadas del este y el nordeste. La importancia de la Bactriana era bien sabida por la monarquía aqueménida. El cargo de sátrapa recaía en numerosas ocasiones en personas de la familia real,

²⁵⁸ Hdt. III. 159.

²⁵⁹ Str. XV, 3, 2.

²⁶⁰ Briant, *From Cyrus*, cit., 165.

²⁶¹ La inscripción *DSf* provendría del palacio.

Briant, *From Cyrus*, cit., 165-168.

²⁶² Thphr. *HP*. IV, 4, 7; Curt. VII, 4, 26; Ael. *NA*. IV, 55; Ath. V, 219A; Str. XI, 11,1.

normalmente algún hermano del rey²⁶³. Pero esto era un arma de doble filo. Si bien servía para mitigar la decepción de no haber podido llegar al trono persa, también permitía a éstos tejer relaciones dentro de una satrapía poderosa también a nivel militar²⁶⁴. A lo largo de la historia del Imperio Aqueménida, múltiples sátrapas de la región se rebelaron contra el poder central. Tanoxiartes/Bardiya, hijo de Ciro II, fue designado sátrapa de Bactria y otras regiones orientales²⁶⁵. Tras la muerte del padre y la asunción de la corona por parte de su hermano Cambises, fue asesinado un tiempo más tarde por éste, que oculta la noticia²⁶⁶. Esto propiciará que se produzca la insurrección protagonizada por el mago Gaumata, que se hacía pasar por el desaparecido hermano de Cambises. El Gran Rey murió en el camino de vuelta para sofocar el alzamiento²⁶⁷. Ante este panorama, surgió la figura de Darío, que derrotó al usurpador y se hizo con la corona²⁶⁸. Esta era la versión oficial aqueménida. Pero existe la posibilidad que el supuesto impostor fuera el verdadero Tanoxiartes y que la historia del mago sólo fuera la justificación de Darío de su acceso al trono²⁶⁹. Si esto fuera cierto, las relaciones que pudiera haber creado en la Bactriana serían un motivo de preocupación para el nuevo rey. En las revueltas posteriores a la llegada de Darío, sin embargo, parece que la Bactriana se habría mantenido fiel a éste²⁷⁰. Esta lealtad se encarnó en la figura del sátrapa Dadarsis, que combatió a los rebeldes de Margiana. Posteriormente, colocó a su propio hermano Artabano al cargo de la región²⁷¹. Más tarde, el cargo continuó en manos de la familia real. Masistes, hijo de Darío, fue designado sátrapa de Bactria²⁷². Su hermano Histaspes, por su parte, comandó las tropas de a pie bactrianas y sacas en la

²⁶³ M. García Sánchez, “The Second after the King and Achaemenid Bactria on Classical Sources”, en B. Antela-Bernárdez y J. Vidal (eds.), *Central Asia in Antiquity. Interdisciplinary approaches*, Oxford 2014, 53-63.

²⁶⁴ Curt. VII, 4, 30 nos habla de 30.000 jinetes en época de Alejandro.

²⁶⁵ Ctes. *Pers.* F8.

²⁶⁶ DB 10; Hdt. III, 30; Ctes. *Pers.* F13.11-12.

²⁶⁷ DB 11; Hdt. III, 66; Ctes. *Pers.* F13.14.

²⁶⁸ DB 13-15; Ctes. *Pers.* F13.15-18; Hdt. III, 67-88.

²⁶⁹ A.T. Olmstead, *History of the Persian empire*, Chicago 1948, 107-110.

²⁷⁰ DB 38. Pero esto no hace desaparecer la posibilidad. Por ejemplo, pese a que no nos menciona en la inscripción ninguna sublevación en la zona minorasiática, en Heródoto sí que se recoge: Hdt. III, 120-128.

²⁷¹ Sería el Irdabano de algunas tablillas de Persépolis: PF 1287, 1555, 1966, 1991.

²⁷² Hdt. IX, 113, 1.

campaña de Jerjes en Grecia²⁷³. Masistes empezó una revuelta contra el Gran Rey desde su satrapía²⁷⁴. Como detonante de este alzamiento, Heródoto nos narra una historia de amoríos y desenfreno de Jerjes con la esposa y la hija de su hermano²⁷⁵. De una manera u otra, Jerjes pudo atajar el golpe antes que le causara mayores problemas. Además, la eliminación de Masistes permitió al monarca colocar a su hijo como ocupante de la vacante. Tras la muerte de Jerjes, protagonizó un levantamiento contra el coronado Artajerjes I, que fue sofocado²⁷⁶. Lo que ocurrió con la satrapía tras esta nueva lucha por el poder, nos es desconocido. Con todo ello, existiría la posibilidad que los Bránquidas fueran asentados en una zona con tierras disponibles, ya fuera durante el reinado de Darío o durante el de Jerjes. La colocación de barceos y Bránquidas, por un lado, podría haber servido para entrometerse en las redes de dependencia de los poderosos sátrapas de la Bactriana. Por el otro, no hay que desdeñar el papel que jugarían en el fortalecimiento de esta región fronteriza y estratégica para contener posibles incursiones de los pueblos esteparios del este y nordeste.

En todos los casos comentados, hay posibilidades consistentes de la existencia de tierras disponibles y que pudieran haber caído en manos reales. El hecho que sólo tengamos los datos de los autores occidentales hace que no veamos si se asentaron otros contingentes provenientes de otras satrapías en períodos similares. Por eso, por ejemplo, desconocemos si en Hircania hubo algún problema previamente a la consignación de los judíos en tiempos de Artajerjes III.

12. Conclusiones

Las deportaciones dentro del Imperio Aqueménida constituían la continuación de prácticas ya presentes en otros Imperios precedentes, como el Neo-Asirio o el Neo-Babilonio. Tras examinar los diferentes testimonios de traslados de población, es posible proponer la existencia de dos procesos diferenciados por los cuales se producían estos traslados.

Los primeros de ellos tendrían una finalidad eminentemente política. El objetivo sería reemplazar los poderes previos por otros que se hubieran avenido a

²⁷³ Hdt. VII, 64.

²⁷⁴ Hdt. IX, 113, 2.

²⁷⁵ Hdt. IX, 108-113. La historia, sin embargo, no ha gozado de mucha credibilidad en la historiografía, García Sánchez, "The second", cit., 58-59.

²⁷⁶ Histaspes según D.S. VIII, 69, 2; Artabano según Ctes. *Pers.* F14.35.

actuar en adecuación a los designios persas e impedir que los bandos opositores pudiesen dificultar el establecimiento y consolidación de los nuevos gobiernos. Las deportaciones ocurrirían en aquellas comunidades regidas por modelos no unipersonales tras una capitulación acordada. En ausencia de ella, el relevo se produciría sangrientamente con las ejecuciones de los líderes locales y de cualquiera que pudiera reivindicar el poder posteriormente. En regímenes personales, el traslado afectaría al detentor del poder, mientras que en las más numerosas implicaría hombres, mujeres y niños. En su nuevo destino, podían ser consejeros reales u ostentar algún cargo oficial lejos de su tierra de origen en un principio. En el caso de grupos, serían asentados en tierras de la corona —de un stock que quizás tuviera origen de la confiscación de ellas tras rebeliones— y vivirían autónomamente. En las dos situaciones el resultado sería la generación de una especial relación de dependencia respecto al Gran Rey. Esta nueva fidelidad podía servir para ser eventualmente retornados al hogar, si las circunstancias así lo propiciaban, en sustitución de los gobernantes colocados anteriormente. En los lugares de asentamiento serían un método para mitigar los riesgos de un alzamiento, así como para dar salida a tierras baldías y ayudar al progreso de la región.

En la segunda clase de deportación prevalecería el factor económico. El contexto bélico no sería estrictamente necesario para iniciar uno de estos traslados. Si se da en circunstancias de guerra o rebelión, implicaría una no rendición del pueblo afectado y serviría, además, de medida punitiva. El traslado no afectaría a todos los sectores demográficos, sino que se encaminaría a uno muy concreto. Esta selección se regiría en base a la necesidad del momento. Si bien no sería la causa principal para implementarla, esta práctica generaría otros efectos sobre el territorio tanto en el originario como en el de destino. La suma de estos efectos revertiría en un fortalecimiento del centro en detrimento de la periferia, generando una situación de mayor dependencia. Estos procesos solían afectar a trabajadores cualificados o artesanos.

Recibido: 2/12/2015

Aceptado: 13/7/2016

La *Anábasis* forzada. Deportaciones en el imperio Aqueménida

RESUMEN: El estudio sistemático y comparativo de los diferentes episodios de deportaciones ejecutadas por los persas relatados en las fuentes clásicas permite discernir que, bajo este único término, se esconden varias prácticas diferenciadas. Pese al sesgo de los autores griegos, nos es posible ver que las actuaciones de los persas tras adueñarse de una tierra no tienen nada de arbitrario y se adecuan tanto a las circunstancias de las conquistas como al marco político de estos territorios. Las deportaciones son uno más de los métodos que utilizó el Imperio Aqueménida para asegurarse la estabilidad y lealtad de los países bajo su control, siguiendo la estela de otros imperios anteriores en Oriente Próximo y Medio.

PALABRAS CLAVE: deportación, Aqueménidas, esclavización, conquista, Darío I, repoblación.

The forced *Anabasis*. Deportations in the Achaemenid Empire

ABSTRACT: The systematic and comparative study of the different episodes of deportations taken by the Persians reported in the Classical sources allows to discern distinct practices that hide under this single term. Despite the bias of the Greek authors, we can see that the actions of the Persians after seizing a land are not arbitrary and are adjusted to the conquest's circumstances as well the political background of this territories. The deportations are just one of the methods used by the Achaemenid Empire in order to assure his stability and the loyalty of the countries under his control, following the footsteps of another previous empires in the Near and Middle East.

KEYWORDS: deportation, Achaemenid, enslavement, conquest, Darius I, repopulation.